TÍTULO

SORTILEGIO URBANO Y EMBRUJO CAMPESINO

ÉDGAR DANILO ROBAYO ESPINOSA

UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

FACULTAD DE CIENCIAS Y EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES Y LENGUA CASTELLANA

BOGOTÁ

2016

TÍTULO

SORTILEGIO URBANO Y EMBRUJO CAMPESINO

ÉDGAR DANILO ROBAYO ESPINOSA

Código: 20081160069

DIRECTOR: CARLOS ARTURO GUEVARA AMÓRTEGUI

UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

FACULTAD DE CIENCIAS Y EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES Y LENGUA CASTELLANA

BOGOTÁ

2016

NOTA FINAL

_____

_____

_____

JURADO 1

_____

JURADO 2

_____

_____

FECHA

CREACION LITERARIA

SORTILEGIO URBANO Y EMBRUJO CAMPESINO

RECTOR

CARLOS JAVIER MOSQUERA SUAREZ.

VICERRECTOR

GIOVANNI BERMUDEZ BOHORQUEZ

DECANO

MARIO MONTOYA CASTILLO

COORDINADOR PROYECTO CURRICULAR

PEDRO BAQUERO MASMELA.

DIRECTOR

CARLOS GUEVARA AMORTEGUI

BOGOTÁ 2016

DEDICATORIA

Cuando este proyecto recién empezaba la "Dedicatoria" ya estaba más que escrita, estaba planeada, sin embargo después de estos casi dos años de compromiso aquella "Dedicatoria" se fue transformando hasta este preciso momento. En primer lugar este trabajo va dedicado a mi familia, mis padres, hermanos, sobrinos y sobrinas principalmente; aunque creo (y ojala esta sentencia que escribo ahora, sea acallada por un buen juego del destino) no leerán ninguno de mis cuentos, sin embargo más que con su lectura estuvieron siempre presentes con su amor fraternal y eso es lo importante. En segundo lugar para las personas que se atravesaron en mi vida, bien o mal, amigo o enemigo aportaron enormemente a la construcción de mi persona, entre ellos amistades que más de cien veces salvaron mi vida. En tercer lugar a mi ciudad natal: Bogotá D.C. un contexto maravilloso para las mentes creativas y también para mi pueblo: La Peña (Cundinamarca), en donde mi verdadera naturaleza habita, entre Ferias y Fiestas, caminatas y buena comida; es el lugar donde aquella mecedora me espera para leer. En penúltimo lugar, muy importante, a aquellas mujeres que acaparan y acapararon mi atención durante mi existencia, si ellas leen esto alguna vez, quiero que sepan que les estoy agradecido por la inspiración que me procuraron en algún o en todos los momentos. Y por último: Gracias a esta vida que he llevado y también a la que no.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco todas las clases y todo lo vivido en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, a todos los profesores que conmigo tuvieron paciencia enseñándome esta virtud tan valiosa en la profesión de docente. Al profesor Carlos Guevara por ayudarme en este proceso, al escritor Luis María Ortiz “El Bucanero” por sus enseñanzas, sobre todo gracias a los primeros lectores que vieron estas obras en su primer momento, llenas de rusticidad y aún así creyeron y me invitaron a seguir mejorando, también a mi correctora de estilo Patricia Vargas, sin su bondad esto no hubiese sido posible, gracias.

RESUMEN

En este trabajo llamado Sortilegio Urbano y Embrujo Campesino realizado bajo la Modalidad de Grado: Creación literaria, presento diez cuentos: los primeros cinco relatan la vida diaria de diferentes actores y protagonistas en la ciudad reflejando el modo de vivir en la ciudad, todo esto envuelto entre el trabajo diario, la delincuencia, los lugares para el ocio y juegos tradicionales, la problemática de los juegos de azar y una perspectiva de lo urbano narrado desde ojos ajenos a los citadinos; los otros cinco cuentos relatan la vida en el pueblo y en el campo, sus mitos, sus fiestas, las aventuras juveniles y la unión familiar en las fechas decembrinas.

Palabras Clave: Creación literaria, Tradición, Ciudad, Pueblo.

Summary

In this work called Sortilegio Urbano and Embrujo Campesino performed under Mode Grade: Creative Writing, I presented to you ten tales: the first five relate the daily life of different actors and protagonists in the city reflecting the way of life in the city, all wrapped between daily work, crime, places for leisure and traditional games, the problem of gambling and a perspective of urban narrated from outside eyes urbanites; the other five tales are about life in the village and in the field, myths, festivals, youth and family togetherness adventures in the December dates.

Keywords: Literary Creation, Tradition, City, Village.

FACULTAD DE CIENCIAS Y EDUCACIÓN LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES Y LENGUA CASTELLANA

ASPECTOS FORMALES

Tipo de Documento	Creación Literaria.
Tipo de Impresión	Físico formato A4.
Acceso al Documento	Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
Título del Documento	Sortilegio Urbano y Embrujo Campesino.
Autor	ROBAYO, Edgar Danilo
Director	GUEVARA, Carlos Arturo

TABLA DE CONTENIDO

Introducción_____ 1

SORTILEGIO URBANO

Un Lunes._____ 4

«El Desechable»._____ 19

En Una Cantina._____ 32

Ludopatía._____ 43

Sortilegio Urbano._____ 52

EMBRUJO CAMPESINO

¡No Diga Palabras Ociosas!_____ 66

Y Tan Poquito pa' Llegar._____ 90

Un Reposo en el Festejo._____ 94

Un Domingo y un Domingo Hace unos Años._____ 97

Embrujo Campesino._____ 118

INTRODUCCION

Esta antología de diez cuentos propone como tema principal el contraste entre dos contextos la ciudad y el campo. He decidido escribir mis cuentos sobre este tema recogiendo partes de mi corta vida en la cual he tenido la fortuna de corroborar estos contextos, asimilarlos y cultivarlos por medio de esta creación literaria. En cada cuento trato de profundizar en las cotidianidades de la vida normal, y ese es mi mejor método para atraer al lector, que observe un poco más su mundo y se desligue de prejuicios y de la absurda confianza que hace pensar al ser humano en que ninguna desgracia le visitara inoportunamente; pero además invitar al lector a conocer e investigar cada lugar que visite.

En la primera parte, (*Sortilegio Urbano),* cinco cuentos se encargaran de simular la cotidianidad de esta ciudad, y la segunda parte (*Embrujo Campesino*), describirá el quehacer campesino que aunque este envuelto en la simpleza, es de por lejos un tipo de vida exigente. Los cuentos están en el siguiente orden:

Sortilegio Urbano*: Un Lunes,* Es un cuento que refleja el exhaustivo trabajo que hay en las entidades bancarias cerca al edificio Colpatria describiendo el trabajo, el tráfico y la tiranía de los jefes en el primer día de la semana; "*El Desechable*" ante todo es una dedicación caricaturesca de la idea que siempre han intentado propagar del habitante de calle, en este cuento describo las faltas de oportunidades, el rechazo y el tipo de vida crudo al cual están expuestos estas personas y sobretodo el abuso y el desdén de los que son víctimas, impulsados en muchas ocasiones a las malas decisiones tanto para ellos como para los demás; *En una Cantina*, refleja la tradición aún viviente en muchos de los barrios bogotanos en donde hay siempre una cantina, lugar donde se

puede beber, jugar rana y escuchar música popular, ranchera y vallenato mientras se construyen particulares historias; *Ludopatía,* este cuento trata de comprobar de una manera corta la búsqueda de dinero en los juegos de azar, y de cómo aparentemente por accidente las personas llegan a enviciarse a ello, teniendo en cuenta lo relevante que es el dinero en nuestros días; Y *Sortilegio Urbano*, cuento que le da el nombre adecuado a esta primera parte de la antología debido a que propondrá el contraste, donde una joven llamada Lucia viene de su pueblo a la ciudad para estudiar y deslumbrarse del ambiente citadino bajo los prejuicios de su lugar de nacimiento.

Embrujo Campesino: ¡*No diga Palabras Ociosas!:* este cuento nace de esta sentencia muy usada por las madres para advertirnos del peligro que puede llegar a ser el uso de las palabras de manera desdeñosa, además de la descripción de la vida en los pueblos; *Y Tan Poquito pa´ Llegar* recoge la tradición del mito de "las brujas", muy propagado en los pueblos de Colombia, y de cómo aun tales tradiciones existen; *Un Reposo en el Festejo* trata de relatar un día posterior al de las Ferias y Fiestas vivido por un hombre trabajador; *Un Domingo y un Domingo Hace unos Años* Este cuento propone la relación entre padres e hijos en diferentes épocas contando las aventuras juveniles que se derivan en el campo; y por ultimo *Embrujo Campesino*, cuento donde se finaliza la historia de Lucia que regresa a su pueblo.

SORTILEGIO URBANO

Un Lunes

La Torre Colpatria, además de ser una proeza de la arquitectura actual en Latinoamérica, cumple la función en la ciudad de Bogotá D.C. de ser un ícono que representa el progreso que ha logrado esta metrópoli, que como todas está destinada a un crecimiento exhaustivo y frenético.

Por doquier, edificios bancarios atestaban la zona con sus pequeñas piezas; sus trabajadores, en su mayoría vestidos de traje formal. Este traje parecía una camisa de fuerza que retenía a su más mínima pulsión del alma. Cada edifico bancario, de manera simila,r semejaba una facultad de enfermos mentales que van a cumplir la misión que dignifica al hombre. Todos caminan hacia tales lugares al ritmo de los semáforos que se divierte con sus talantes intranquilos y ánimos desfallecidos, deteniendo sus caminos o acelerando sus pasos ante un reloj implacable que no deja de correr. Mientras tanto, los edificios reciben a sus prisioneros y en la hora laboral parece tener tintes de mausoleo; no es porque dentro del edificio las almas estén muertas, ni mucho menos, es porque adentro el alma no es necesaria para trabajar.

¡Silencio!, son las cuatro y cincuenta y siete de la madrugada, el protagonista de esta historia continúa durmiendo aunque no será por mucho tiempo.

I

El celular comenzaba con tropicales alaridos puntualmente, muy puntual de hecho. Javier apenas abría los ojos y tarareaba la canción que había preparado en el celular para que lo despertara. Parecía ya no tener tanto gusto por tal canción, era la canción de «Las Tumbas» de Ismael Rivera; sin embargo, la dejó hasta que llegara a repetirse, era una muy buena canción pero no para colocarla de alarma.

Su esposa, Beatriz, también despertaba a esa hora, le besaba los labios cariñosamente, a pesar de ser un placer mañanero, tenía un poco de mal sabor. Javier se levantó, apagó «el chéchere» como le decía al celular, fue a cepillarse los dientes y se afeitó; después se dirigió al comedor donde su esposa le tenía un tinto.

—Buenos días, hoy sí hiciste mucha roña —le dejó el tinto sobre la mesa—. Ese primer día, después de las vacaciones es difícil Javier, lo sé— Una gran sonrisa iluminó la cara de Beatriz, que aún no se había despertado del todo y su dinamismo era algo así como torpe.

—He sentido nostalgia todo el día, pero hay que darle paso a lo importante —comentó Javier. Esta última frase Javier la dijo con determinación. La cafeína hacía su efecto.

—Báñate, hoy no querrás llegar tarde, además tu jefecita te estará esperando —burlonamente le dijo Beatriz.

— ¡Sí, hasta me llamó en mis días de vacaciones la muy descarada!, yo si apagué «el chéchere» para que no me jodiera —dijo Javier terminando el tinto y disponiéndose a alistar su ropa.

—Y me llamó a mí y también apagué el celular —interrumpió Beatriz con voz de reclamo.

Una voz delicada, tranquila y sosa, pero muy anímica interrumpió a los dos adultos en su conversación:

—A mí también me llamó la vieja esa, pero yo si le dije « ¡Este no es el número de mi papá y yo no tengo nada de qué hablar con usted, adiós!», pero también me tocó apagar el celular.

Era Valentina, la hija de la pareja, tenía once años, se levantaba a esa hora para ir al colegio. La ruta pasaba a las seis y media, tenía muchos problemas por su temperamento, y era un enigma en verdad saber de quién lo heredó; si de la madre o del padre, pero eso se pensaba a simple vista. Si se observaba a fondo, ese temperamento era el de su padre, si no que era más anímico, más joven y más vivo.

—Perdóname, Vale, te aseguro que es la última vez —le dijo Javier a su hija mientras la abrazaba.

—Lo sé —dijo la niña envolviéndolo en un gran abrazo y Javier rejuveneció por un instante.

Javier se bañó rápido y llegó a la mesa. Posterior a eso, la niña se alistó en el otro baño, mientras Beatriz preparaba el desayuno. El desayuno fue caldo, huevos pericos y café —a la niña no le gustaba el café—, entonces tomó Choco Listo. Desayunaron en silencio, ya eran las seis y diez cuanto terminaron de comer.

—Gracias por el desayuno, Betty, apenas pa' hoy —dijo Javier, se puso de pie, fue por sus cosas y se dispuso a salir.

—Papá, ¿me deja para las onces? —dijo la niña desde su cuarto.

—Sí, venga se despide —gritó Javier.

La niña llegó corriendo y se despidió de su padre. Betty se despidió con un beso, pero Javier notó su inquietud y le respondió:

—Betty, hoy otro ciclo empieza, de vuelta a la realidad, una mejor. Javier fue a la nevera a recoger el almuerzo que había preparado la noche anterior. Beatriz le regaló una sonrisa de despedida, salió de la absorta felicidad. Ella entraba a trabajar a las ocho, debía apresurarse.

II

En cuanto a movilidad, el tráfico en Bogotá ha sido un problema inherente, pero es en este fenómeno y sobre todo en las horas de la mañana —en las que es más evidente el instinto de supervivencia ciudadano— el afán de llegar al sitio de estudio y de trabajo transforma la civilizada cortesía citadina en el más ordinario y grotesco comportamiento poco menos que animal.

Vemos en un articulado (solo hablando un poco del transporte público: Transmilenio) como sobrepasa la cantidad de carga humana demarcada por este entonces queda atiborrado de gente como glotón repugnante que en el paroxismo de su gula quiere regurgitar.

Ahora viene el comportamiento ciudadano que hace de la movilidad algo cada vez peor. Las personas en medio de la atestada «fila» esperan entrar a los articulados. Cuando consiguen un puesto, a pesar de la abyección de sus modales se sienten triunfadores, dentro de este el ambiente hostil de resignación que alimenta los más obtusos pensamientos que dan lugar a las agresivas acciones. Así, con el lleno total del articulado, el oxígeno se captura casi por accidente y el espacio vital parece hediondo. El cuerpo, entonces, tiende a lo inamovible y la mente a pesar de la

precaución, busca la distracción en los audífonos o cualquier otro medio posible y con tan poco espacio para moverse, encontrando en cualquier orificio escapar de allí.

Afuera, en una especie de embestida consentida de automóviles de todos los tamaños, buscan adelantar a sus prójimos para llegar con puntualidad; afortunadamente, el trabajo exhaustivo de los semáforos detiene su iracundo recorrido. Hay problemas cuando se tiende a traicionar el buen trabajo del semáforo y en el mejor de los casos no ocurre ningún accidente; sin embargo, cuando hay accidentes el estrés se convierte en una criatura ansiosa, dando vía a comportamientos viles y alojándose, dando prioridad a ser puntual que a las vidas caídas en desgracia. Seamos sinceros, nos asomamos con toda la curiosidad posible para ver el accidente por distracción, no por compasión.

Debía llegar Javier desde el Portal de Usme hasta la estación de la calle veintiséis con Caracas. Tomó la Ruta Complementaria de Transmilenio, bajarse en la estación San Diego y caminar hasta su sitio de trabajo; sin embargo, hasta el portal el trayecto caminando era de veinte minutos. Prefirió caminar que tomar un alimentador hasta el portal, quería evitar sentirse como sardina; de hecho, pensaba en ocasiones que las sardinas olían mejor que muchos de los articulados llenos de personas. Llegó finalmente al portal y una fila de unas treinta personas esperando recargar su tarjeta Transmilenio le esperaba. « ¡Ay, jueputa, se me olvidó recargar esta mierda!» pensó. Javier en medio de la fila tomó sus audífonos y comenzó a escuchar música. Afortunadamente el servicio fue rápido, recargó diez mil pesos y se dirigió a hacer la fila en la ruta complementaria. Tenía la impresión de que en las rutas complementarias las personas eran mucho más educadas, hacían la fila correctamente, y no era necesario ni empujar ni blasfemar para sentarse, puesto que parecía el triunfo mañanero de la mayoría de las personas. No pudo sentarse y tuvo cuidado con una niña a la que la madre le daba un yogurt; él debía llegar impecable a la oficina. Pasó por la cárcel y

recordó la canción de alarma que le gustaba. Se sentía bien al saber que en este articulado complementario la gente iba cómoda y así era menos el cuidado que debía tener con los ladrones, pero eso sí, siempre ser precavido. Llegó a San Diego y el sol iluminaba alegremente, era una lástima que en quince minutos tuviese que llegar a la oficina. Optó por comprar un cigarrillo Pielroja ―el último― y dio una vuelta por el parque de la Independencia antes de llegar al punto de trabajo. Ese parque era el lugar de tregua entre su trabajo y él mismo.

III

Llegó a la puerta y se encontró con tres de sus compañeros de trabajo: Angie, Rodrigo y Alejandro. Angie, era la chica de Recursos Humanos y simpática, tenía veintisiete años; Rodrigo, era un hombre de familia como nuestro protagonista pero era contador ―al igual que el protagonista de esta historia tenía cuarenta años― y Alejandro, el más joven, tenía veinticuatro años y contaba con un mejor cargo (revisor de proyectos); Javier era el Asistente Administrativo.

― ¿Qué tal esas cartageneras?, ¿cierto que están buenas? ―preguntó Alejandro, el más joven, mientras guiñaba el ojo y se reacomodaba la corbata.

―Usted solo piensa en viejas, Alejo ―interrumpió Angie algo ofendida.

―Ni modo que pregunte por manes, ni marica que fuera ―contestó Alejandro riéndose.

Todos rieron en ese momento y Rodrigo le comentó a Javier:

―Su jefe lo extrañó harto y le tiene trabajo ―suspirando al finalizar la última palabra.

—Sí, yo sé. Hasta me llamó, llamó a mi esposa y luego a mi hija —contestó Javier.

— ¡Qué vieja tan abusiva! —reprendió Angie.

—Javier, si ve lo que le pasa por no llevarla a pasear, debería hacer el sacrificio —dijo Alejandro mientras se dirigían al ascensor.

— ¡Este es mucho guache! —dijo Angie a Alejandro, pegándole suavemente.

— ¿Por qué no lo hace usted? —contestó Javier, dirigiéndose a Alejandro que se sobaba del golpe dado por Angie.

—No, esa es mucha grasa para solo este par de huevitos —dijo Alejandro.

En el ascensor las risas no paraban y al parecer María Helena, la subgerente, escuchó porque al frente de la puerta de este, en el piso trece les estaba esperando con un « Bienvenido, González, espero haya descansado muy bien en esas vacaciones», así chilló la jefe de Javier al verlo. Javier conocía la «amabilidad» de su jefe, así que no le sorprendió tal bienvenida, ya lo había vivido antes —llevaba ya cinco años trabajando con ella—, sabía de su carácter, además de dónde provenía y hasta su intimidad familiar. Su hijo con diecinueve años ya era un alcohólico considerable y muy mal estudiante, de tres colegios lo habían echado este año y su esposo un mantenido que al parecer tenía una amante. Era una mujer voluminosa, de aproximadamente un metro setenta de estatura, era una mujer XL, o sea, a Javier le tocaba aguantarse el rencor, la frustración y la decepción de ella, transformado en las órdenes que le daba. Angie, Alejandro y Rodrigo medio saludaron y se fueron a sus sitios de trabajo.

— ¿Qué tal, Doña María Helena?, ¿cómo le fue estos días? —contestó Javier con buena actitud.

—Pues mal, muy mal, porque como el señor no fue específico en las consignaciones, quedó eso pendiente y no sé qué hacer, y como no contestaba el celular —reprendió María Helena tal como si fuera una madre.

—Le recuerdo que estaba en vacaciones —contestó tajante Javier.

—Pero yo no lo llamaba para que viniera a hacerme el trabajo desde allá —dijo con genialidad María Helena.

—Pero sí para preguntarme cómo hacerlo y lo siento era mi descanso —respondió Javier exaltando el ánimo de su jefe.

—Mire, González —respiró hondamente y se calmó —bueno igual ahí tiene trabajo atrasado, se quedará unas horitas más en la oficina— agregó, otra cosa, traté de localizarlo con su hija Victoria, Vicky.

—Valentina —corrigió de buena gana Javier.

—Y como que no sabe contestarle a los mayores —reclamó María Helena.

—Mire, Doña María Helena, lo que le dijo mi hija fue solo la verdad —respondió Javier. Cuando él dijo esto, María Helena abrió sus ojos como si le fueran a echar gotas —ella no tiene que hablar nada con usted y por favor absténgase de hablar de ella.

Tal vez por temor o algo así, María Helena le dijo a Javier en un aparente estado de resignación.

—Vaya a trabajar, harto trabajo le espera.

Desde las ocho de la mañana, Javier no paró de adelantar trabajo. Recorrió la mayoría de pisos del edificio para entregar archivos, recibos y demás papeleos y así ponerse al corriente de lo que sus buenas vacaciones habían interrumpido. En este lugar, el trabajo no se detenía ni por un día ni por un instante. Hasta la una de la tarde el trabajo de Javier fue agotante y María Helena no paró de pedirle favores extras para hacer más «cómodo» el quehacer de su empleado. Ella también alcanzada de trabajo se percató que con Javier se alivianaba bastante, estuvo a punto de darle las gracias por regresar a trabajar con ella, pero solo fue un instante «Es su trabajo y le pagan por hacerlo» pensó. A la una en punto la mayoría de empleados buscaron su receso. Javier se encontró a la salida con sus tres amigos y se disponían a almorzar en el parque.

IV

Los cuatro calentaron su almuerzo en el microondas de la cafetería y se dirigieron al parque. Alejandro ofreció cigarrillos a sus amigos y solo Javier se abstuvo, por ello preguntó Alejandro:

— ¿Y eso?

—Es que ya quiero dejar ese vicio. En Cartagena no me fume ni medio paquete —respondió con orgullo Javier.

Se sentaron debajo de un buen árbol, terminaron sus cigarros y se dispusieron a comer, fue un almuerzo silencioso. En ese momento, los cuatro se percataban de otros compañeros de la empresa que también estaban en el parque. Había unos jóvenes fumando marihuana y acomodándose para almorzar. Javier recordó un viejo refrán «Aunque el mono se vista de seda, mono se queda», y

concluyó que a pesar de que el trabajo les pedía esconder su naturaleza juvenil al fin y al cabo solo eran piezas de una empresa económica, su humanidad se exhalaba a todo momento entre sutiles pecados. En ese momento Angie leyó algo en su celular y comenzó a comer más rápido.

— ¿Por qué el afán, Angie?, nadie le va a quitar, coma despacio —dijo Rodrigo que ya terminaba con su almuerzo.

—Es que me mandaron un mensaje y me necesitan —contestó Angie algo nerviosa, empacó el utensilio donde guardaba su almuerzo, sacó el maquillaje de su bolso y se puso de pie.

— ¿Quién, Fernando el de contaduría general?, ¿creyó que no los vimos cuando se fueron ambos pa´l ascensor disimuladamente? —dijo Alejandro. Angie enrojeció y Rodrigo no pudo de la risa. Javier ya terminaba con su almuerzo pero quedó algo desconcertado

— ¡Ay, Alejandro!—exclamó Angie. Ella sacó un espejo en el que se miró, respiró lentamente y se despidió de sus compañeros.

— ¿Y eso qué fue? —preguntó Javier.

—Cierto, es que Fernando le está cayendo a Angie y la cosa va como enserio —contestó Rodrigo.

— ¡A ese man le van a pegar una marraneada! Aunque pa' que, la han hecho bien, se han desordenado en el edificio pero no los han pillado, ojalá no los pesquen —complementó Alejandro.

Caminaron otro rato por el parque. Encontraron compañeros de la oficina y se daban cuenta de romances desconocidos. Informaron a Javier de las buenas y malas nuevas pues habían despedido a una mujer muy guapa. Como pensaba Javier, el parque era un lugar de tregua no solo para él, sino para muchos.

—Bueno muchachos, faltan quince —dijo Rodrigo a sus compañeros.

—Segundo «round» —comentó Alejandro, apenas pa´l cigarro de bajar el almuerzo.

—Final «round» —dijo Javier.

—Cálmate, Mayweather —dijo Alejandro mientras reían.

V

Javier llegó directo al baño mientras sus compañeros se reacomodaban en sus lugares de trabajo. Él había adelantado ya bastante de lo que tenía atrasado antes del almuerzo, por lo que no tuvo tiempo de hacer sus necesidades fisiológicas. Cuando salió se sentó a seguir trabajando ya algo más ligero. Pasos torpes y pesados, como de paquidermo, se acercaban al cubículo de Javier, sin duda era María Helena. Javier volteó el rostro solícito y no se equivocó. Eran las dos de la tarde y así interrumpió su jefe.

—González, necesito que me haga unos mandados —ordenó sin contemplación María Helena.

A Javier le gustaba este tipo de encomiendas. En muchas ocasiones debía ir de banco en banco a pagar la pensión del colegio del hijo de María Helena, de los hijos de las amigas que con la misma edad ya estaban en la universidad. Javier sabía que ese no era su trabajo pero María Helena era astuta y también hacía otras consignaciones pertinentes de la empresa, siendo menos las de la empresa.

—González, son las encomiendas de siempre y estas de acá, no se demore. — Esta última frase se escuchó con deleitoso acento.

—Sí, Señora —dijo Javier tratando de esconder su alegría y con hirientemente intención le preguntó— ¿Cómo es el nombre del amigo de su hijo, el que está ya en la universidad?, es que siempre se me olvida.

—David Rodríguez, ahí está todo anotado —recordó con acidez a Javier y le entregó los recibos y este sonrió disimuladamente, su ofensa había tenido éxito.

—No me demoro, Doña María Helena —se despidió Javier.

Fuera de las interminables filas que tuvo que soportar, Javier se sentía contento haciendo estas encomiendas. Iba en taxi recorriendo la ciudad y no tenía que verle la cara a María Helena, pero en el último banco le sucedió algo particular. La fila era eterna, el calor sofocante y un empleado detrás del vidrio contando dinero que no era de él, anhelando que terminara su día laboral, con gotitas de sudor en el rostro y una corbata que Javier pensaba era lo primero que se quitaba cuando llegaba a casa al igual que él; debió aguantar los improperios de un anciano que le gritaba « ¡Si usted no sabe cómo hacer su trabajo, ¿pa' qué trabaja aquí?!». El contratiempo inició porque al hombre anciano no le resolvieron una consignación, el empleado muy decentemente le contestó «En la oficina de allá le ayudan con su problema» y el anciano a modo de despedida le gritó otra vez «Ojalá allá si sepan hacer su trabajo, ¡Gran pendejo!». Con resignación el empleado pronunció la frase «El siguiente, por favor». Javier cuando escuchó el « ¡Gran pendejo!», recordó a su abuelo y sonrió porque justamente hoy se diera tal casualidad. Advirtió de que este lugar tenía cierto aroma a tedio y hastío, a un trabajo sin humanidad. Miró a los empleados y viendo su propias

vestiduras pensó «Nos alistamos todos los días como para una fiesta de gala para pasarla fatal y llegar a nuestras casas nada felices e igual o más cansados». Terminó de hacer tal encomienda. Eran las cuatro de la tarde, llegaría a las cuatro y media, y solo restaría media hora para cumplir su pena diaria.

— ¿González, ya pagó todo?-Preguntó María Helena cuando llego Javier

—Sí —respondió resignado mientras le entregaba los recibos.

—Bueno, no puede salir temprano, vaya a ordenar estos recibos, ahí tiene trabajito como para que salga a las nueve —dijo su jefe

—Está bien —contestó Javier un poco más resignado.

Javier trabajó íntegramente hasta las cinco. Sus amigos comenzaron a despedirse y Javier les recordó que a la salida esperaran. Ellos tomaron el ascensor y en ese momento con determinación y con una carta en la mano Javier se dirigió a la oficina de María Helena. En la oficina, María Helena estaba atareada y cuando vio a Javier le reprendió así:

—González, no ve que estoy ocupada, ¿me va a hacer perder más tiempo?, vaya trabaje o ¿es que no tiene qué hacer?

—Señora María Helena, aquí le entrego mi carta de renuncia, gracias por estos años de trabajo a su lado, hasta luego. — Javier extendió la mano pero María Helena no correspondió, dejando así la carta en su escritorio. Tal vez estaba muy desconcertada y no pudo ni proferir palabra ni moverse un centímetro. Javier se retiró tomo sus cosas y se dirigió a tomar el ascensor.

María Helena leyó y releyó la carta de renuncia y cuando finalmente comprendió las consecuencias que esto le traería, pensó en la venganza, pues ella era un ser rencoroso. « ¿Cómo podrá un viejo

de cuarenta años volver a conseguir trabajo? Yo no daré buenas referencias de alguien que deja botado el trabajo un lunes, ¡un lunes!» dijo mientras se dirigía a la puerta y la cerró con estrépito, no quería que nadie la viera así. Renunciar un lunes fue un contundente gancho para María Helena, merecido por su tiranía como jefe. Ella no pensaba así, se creía una buena jefe y ese acto le pareció ingrato. Cuando pensó claramente en el porvenir de Javier González conociéndolo como lo conocía, seguramente había conseguido otro empleo. Se dio cuenta de su total derrota. De pronto, desde su oficina se alcanzaron a escuchar rebuznos que en realidad eran sollozos.

Javier estaba en el ascensor y recordó algo que hace mucho tiempo su abuelo le dijo. Hace aproximadamente veinte años: «Tal vez tengas miedo al principio del cambio pero cuando te des cuenta que es inevitable, te adaptarás. Sobrevivir consiste en eso, en atrapar el mundo mientras lo moldeas contigo entre tus manos». Cuando Javier salió del ascensor, se encontró con sus tres ahora excompañeros de trabajo.

— ¿Qué muchachos, una pola? —preguntó sonriente Javier.

Todos miraron sorprendidos pero quien reaccionó primero fue Alejandro que dijo:

—Yo sé que esto es raro en mí pero Javier, ¿no le parece muy lunes pa' tomar?

—Es que quiero celebrar hoy con ustedes —dijo. Su sonrisa se hizo más limpia y contagió a sus excompañeros.

— ¿Cuéntanos, qué te paso?, si ahorita me lo tenían esclavizado —preguntó Angie mientras le abrazaba.

—Amigos, ¡Renuncié! — Javier detonó así la bomba con los brazos abiertos y el eco fue pronunciado así por sus amigos « ¡¿Que qué?!»

El incendio promovido por tal bomba fue apagado con alegría y mucha cerveza.

«El Desechable»

«A los habitantes de nuestra ciudad poseídos por el exceso, que con la mirada nos advierten el infierno; mientras un alma se deshace en vergonzosos lamentos por la degradación de su corpóreo hogar. A ellos que se enaltecen en el momento que la lucidez perturba sus labios pronunciando un valioso consejo «No se metan a este mundo, ¡la calle no se la deseo a nadie!», a todos ellos, ¡Gracias!».

En Bogotá hay muchos habitantes de la calle. Lamentablemente, para la mayoría de las personas estos parecen ser el desecho de la ciudad y por ello reciben tal nombre de «desechables». La sociedad los ve como entes corrompidos de los cuales hay que deshacerse junto con la mendicidad y la delincuencia que atraen. Sin embargo, solemos olvidar que ellos también son seres humanos y que a pesar de su precaria condición es innegable que en un momento de su vida quisieron mejorar el mundo, tener una familia, laborar en un trabajo honesto, pero las adversidades cambiaron sus almas y se pervirtieron; y ahora desfallece su papel de ciudadano bajo el dedo que les señala recordando su pobreza. Escapamos de ellos como si fueran seres repudiables.

I

David se preparaba a desayunar a las diez de la mañana, mientras su cuerpo recordaba las contusiones de la noche anterior. Recordó el asalto en el que consiguió un buen celular y un portátil, o sea, doscientos mil pesos en una compraventa de esas en las que no hacían preguntas. La víctima había sido una mujer que «por marica», pensaba David, se movilizaba a altas horas de la noche en una zona muy peligrosa. Él la abordó y la asaltó. No fue un trabajo difícil, los rasgos de David a causa de los excesos del alcohol y drogas habían perdido robustez, su rostro daba la impresión de absorberse con cada gesto amenazante que hacía, como el de abrir los ojos o fruncir el ceño, todo esto era acompañado de ademanes bruscos haciendo danzar el cuchillo con desesperada firmeza. Miraba a los ojos y las víctimas tenían la intuición de que algo en él iba a enloquecer o peor aún ya estaba en el paroxismo de la locura; era mejor seguir la corriente que perder la vida. Su hedor prorrumpía los mejores aromas de manera hostil; entre la transpiración, la falta de higiene y el olor a bóxer generaba repugnancia al olfato.

Cuando David atrapaba a su presa, mostraba como escorpión su ponzoña de metal, preparado para atacar siempre a la cara o al cuello ―si atacaba desde atrás―, y finalmente con una voz ligera que irrumpía con un acento violento hacía del habla un intento terrorífico de comunicación. Así le paso a esta joven universitaria que tuvo la mala fortuna de encontrárselo de frente.

Eran las once de la noche. Ella llevaba un vestido elegante y tacones que permitían ver su bella fisionomía. Estaba cansada del trabajo y estudio, caminaba hacia su hogar ubicado en el barrio El Sosiego. David en el mismo lugar estaba vestido con una chamarra de segunda, algo roída y unos

pantalones de jean azul; cuando vio a la mujer David sonrió y sintió ganas de trabajar. La sonrisa de David daba la sensación de corroer el ambiente a su alrededor de un peligro inminente. Era una sonrisa inacabada como su dentadura. Cuando la mujer vio esa sonrisa «tan coqueta», decidió cambiar de acera. Pasó rápidamente la calle que le separaba de esta, sus tacones relataban su afán en torpes pasos, miró hacia atrás y vio que el tipo seguía caminando en dirección opuesta, se sintió salvada. Un mensaje en su celular la distrajo del estado de alerta en que debía estar. Lo leyó, era su novio para saber si había llegado a casa, ella por no dejar preocupada a su pareja decidió responderle allí mismo deteniéndose un instante. David silenciosamente llegó hasta ella por la espalda, la agarró del cuello y le puso la punta del cuchillo en la yugular.

— ¡Quieta, malparida, páseme la maleta! —dijo mientras tomaba el celular de la mujer.

— ¡No, por favor!—gritó la mujer casi ahogándose. David casi la ahorca, pues la mujer en tal grito había sobrepasado los decibeles que permitía en sus horas laborales.

— ¡Ya o si no la chuzo, piroba! —ordenó David. La mujer estaba inmóvil. Aquella voz la dejó realmente impactada como cuando un recuerdo inoportuno que escarba despiadadamente el pensamiento acallando nuestro cuerpo.

— ¡Ah, esta hijueputa! David apuñaló a la mujer en un costado que alcanzó el pulmón derecho, giró un poco el cuchillo que salía de la parte inferior de un cristo y lo sacó rápidamente para guárdalo entre la suela del zapato; luego, con gran habilidad se apropió de la maleta y salió huyendo. La mujer quedó en el suelo, quería gritar y no podía, no solo por la herida en el pulmón, sino porque era asmática; sin embargo, sus ojos gritaban y lamentos en forma de lágrimas entibiaron el frío asfalto. David llegó a su cuarto con el botín un poco manchado de sangre, lo dejó al lado del colchón sucio en el que descansaba. Dormía en un cuarto en el centro que valía diez

mil pesos la noche. Era una especie de edificio en donde solían alojarse drogadictos e indigentes agotados de la calle. David cambiaba de domicilio cada dos semanas. Se quedaba en lugares similares a este, porque nadie hacía preguntas y había plena libertad de hacer lo que se quisiera.

Un día, una mujer o bueno eso quería aparentar —era un travesti— intentó robarlo. David le asesinó obsequiándole tres puñaladas, la mortal fue en la parte del hígado. Llevó el cuerpo a un cuarto adyacente al de él, a los quince minutos llegó quien era el dueño del edificio, pregunto qué había pasado y al no recibir respuesta de nadie llamó a la policía. En estos lugares tales cosas son comunes, criminalística recogió el cuerpo y no se hicieron más preguntas.

El ambiente en el lugar era desolador. Cada habitante allí, era de alguna manera un cuerpo y un alma marchitándose. David fue al baño que compartía con otros diez inquilinos. Debía recorrer un pequeño patio desaseado en donde a veces dormían personas por la módica suma de dos mil pesos. En ese momento, vio una rata que salía del baño, se asustó tanto que casi huye despavorido pero no pudo, la rata lo miró por largo rato como burlándose de él, de su inmovilidad. Cuando por fin su cuerpo reaccionó, la rata se escondió en un rincón, el dueño del lugar vio a David y le dijo:

—Qué marica, ¿le tiene miedo a los ratones? —mientras preguntaba se reacomodó los pantalones.

—No, perro, me dan asco —contestó David con voz seca. Aún no había recuperado por completo el habla.

— ¡Entre rápido al baño que tengo una cagada! —dijo el dueño, mientras preparaba el papel higiénico.

— ¿Por qué no entra a su baño? —preguntó David hasta ahora recobrando su lucidez.

—No sea sapo —contestó el dueño, mientras miraba a David con arrogancia.

—Siga, ya no quiero entrar —dijo David y se devolvió a su cuarto mientras escuchaba las flatulencias colosales desde el baño.

Cerró la puerta y notó que sudaba, miró su mano izquierda entre el pulgar y el índice en donde tenía una cicatriz. Esta cicatriz le recordaba su repugnancia a los ratones. Una vez que durmió en la calle en medio de los efectos del alcohol barato y del bazuco, intentó quitarse a mordiscos un tatuaje hecho con tinta china y una aguja trazado de la manera más tosca. El tatuaje era un corazón con una «M» y una «D»; la «M» alguien a quien quiso mucho llamada Martha y la «D» de David.

Estaba algo despechado, agitado y fuera de sí, quería borrar todo recuerdo de ella. Entonces, con un amigo que acaba de conocer que se hacía llamar «Vasito» fueron a perderse. Pero Vasito estaba peor que David, se quedaron bebiendo en el Parque Nacional y en un arrebato David mordió vorazmente su mano, en el lugar donde estaba el tatuaje y se hizo una herida considerable, luego de terminar tal trago se quedó dormido. Cuando despertó, una rata estaba deleitándose con lo que roía de su mano, espantó al roedor pero cuando se dio cuenta había muchos más a su alrededor como esperando la comida matinal que provenía de su cuerpo. David se levantó de un salto y salió de allí aterrorizado. Cinco días después llegó a un puesto de salud debido a que la herida no le dejaba trabajar, esta se tornó morada y empezaba a oler mal. En el hospital, la enfermera que lo atendió era muy amable y tenía «buena mano» para sanar a sus pacientes, atendió la herida de David rápidamente y sin mucho dolor; él como agradecimiento le robó el bolso a la primera

oportunidad que se le presentó. La cicatriz escandalosa en su mano fue la consecuencia de no poder volver a las curaciones.

II

David abandonó su hogar a los dieciséis años debido a que le toco «perderse», como él decía, porque había dejado embarazada a su novia Martha. Ese día cerca del río Tunjuelo, por la desesperación de huir de la responsabilidad recién adquirida, se quedó mirando restos de unas reses que aguardaban en el río que se había convertido en el basurero de los habitantes. El río atestado de basura parecía más bien una herida del planeta que se gangrena, mientras el sarpullido que parece nunca sanar empeoraba con los desperdicios hogareños de las personas. Aguantando el asco, David observó a los chulos comiendo de tal festín, ávidos de alimentarse, desgarrando apetitosamente bocados de putrefacta carne; en cada mordida los animales exprimían un verdoso líquido que provenía del podrido alimento que ellos, con brusco movimiento de cabeza no querían dejar de saborear. David contemplaba a las aves de rapiña y de repente pasó una rata queriendo hacer parte del festín, pero el aleteo de uno de los chulos le ahuyentó. David se dijo «Las ratas y los chulos son igual de lacras, pero el chulo tiene las alas». Decidió ir a vivir en el centro.

III

La «L», está ubicado entre las instituciones que nos custodian. Esas instituciones son: una Estación de Policía a tres cuadras, una Estación de Policía Militar justo al lado, y por si fuera poco, la Iglesia del Voto Nacional. De la «L» se desprendía una urbana melodía que era la adecuada para este sitio, se vivía esta música: el rap. Aunque en ocasiones crudo, este se expresaba de manera violenta y defensiva ante una sociedad que quisiera olvidar la miseria; sus letras trastocaban con una narrativa contundente y la cadencia de la pista entre melodías peligrosas, para aquella narrativa llegaban los personajes de la vida entre los excesos de donde no «se escapa nadie» comenzaba a tornarse real, el vaho era nada más que el de la degradación de los personajes y cada uno representaba a miles. Era el reflejo cruel del infierno abanderado por la pusilanimidad social y la miseria humana.

Este lugar en la ciudad era señalado como la perdición misma, tal vez, por eso era tan custodiada. La perdición debe estar tan cerca de la salvación para que esta última se vuelva atesorable. La «L» era la vergüenza humana y social, siendo a la vez útil. Sin embargo, en este lugar no robaban. David fue a fumar un poco de bazuco, esta droga lo agitaba y gustaba mucho de trabajar así. Se sentó en uno de los «cambuches» del lugar, mientras veía como los indigentes pedían «la liguita» a los que llegaban a David ya lo distinguían en aquel lugar y uno de los que manejaba el lugar le saludo.

— ¿Qué hizo, «Chirry»? —le preguntó alguien desde uno de los cambuches hechos de lata y algo de madera.

—Buena, «la Pacha», ¿Va a pegarlo, ñero? —dijo David con una gran sonrisa —«Chirry» era su seudónimo.

—Breve, siéntese perrito —le dijo e invitó a seguir a la Pacha haciendo un espacio en el lugar.

—Perro, deme tres bolsitas de dos lucas —dijo David, mientras le pasaba el dinero a La Pacha.

—Cójalas —dijo. David tomó tres bolsas de marihuana que estaban sobre la mesa del cuchitril.

—Perro, qué cantidad de «tombos», ¿no? —dijo David fumando un cigarrillo de marihuana y con cada sorbo parecía renovar su aliento.

—Sí, qué fastidio, no dejan trabajar, cogieron fue al «Vasito», ¿si sabía? —contestó La Pacha; entregándole el cigarrillo de marihuana a David, este comenzó a fumar antes de contestar, tenía que relajarse.

— ¡Uy, qué calor!, ¿a lo bien? —preguntó David, a lo que La Pacha asintió.

—Sí, pero ese no es mayor de edad igual que usted, me imagino que ya lo soltaron —afirmó La Pacha sacando una bolsa con relleno blanco en su interior, era cocaína.

David tenía diecisiete años, solo había pasado un año aproximadamente desde que dejó su hogar. En ese momento pasó una joven de dieciséis años con un coche, allí llevaba lo que aparentemente era su hijo y estaba a la salida del lugar. David tuvo un recuerdo desagradable, y le dijo a La Pacha.

—Qué video esa nena, ya curtiendo al chinito.

—Sí, muy paila, ¿quiere un pase, perrito? David asintió. Apagó el cigarro e inhaló cocaína, eso lo ponía agresivo también.

David y La Pacha inhalaron toda aquella bolsa hasta tarde en la noche. Agitado David, quiso irse a la casa y ver si conseguía trabajo en el camino para el desayuno del otro día. Recorrió todo el centro buscando algún transeúnte, pero solo encontró en las calles indigentes que revolcaban con los perros la basura en busca de comida; otros buscaban una cómoda esquina donde dormir o se drogaban para que su mente no tomara en cuenta el frío de la ciudad. Tomó por el parque Tercer Milenio y al lado de un indigente dormido, una botella de bóxer le arregló la noche. David la hurtó y se dirigió a su hospedaje, comenzó a inhalar de la botella de bóxer, y se encontró casualmente a su amigo «Vasito».

Vasito era un muchacho que había perdido el ojo derecho a causa de un accidente laboral, a quienes robó lo alcanzaron y al no escaparse con audacia, alguien de un puntapié estropeándole el globo ocular. Tenía un costal pequeño y una camiseta que a duras penas le cubría medio pecho. David lo saludó, pero este andaba algo drogado, hablando de que se había ganado el Baloto. David debido a los efectos de las diferentes drogas le creyó.

—Todo bien, «Chirrisito», que yo le compró una casa —dijo Vasito, con una mirada hacia la nada sosteniendo el papel de Baloto que parecía ser lo único que lo detenía en la lucidez.

— ¿A lo bien? —preguntó David entusiasmado, abrazando a su amigo.

—Sí, perro, mañana reclamo esta vuelta y lo invito a desayunar. Vasito estaba apretando el billete y agregó— regáleme un toque de «gale».

—No hable de comida, ñero —dijo. Hágale que todo bien, déjeme pillar el papel, pasándole el bóxer con generosidad.

Vasito confiaba en David. Este último leyó con cuidado el papel del Baloto, lo iba a robar, pero algo le dijo que lo leyera bien, la poca lucidez de David le permitió razonar por un momento y se dio cuenta prontamente que el papel del Baloto estaba vencido, era de hace un mes aproximadamente. Eso lo alteró y se sintió ofendido, él en serio creyó en una casa y en un desayuno en que al otro día el sol iluminaría un poco más, se sintió burlado.

— ¿Este pirobo a cogerme de parche? Miró a Vasito con ojos despiadados, le tiró el billete a la cara, y sacó su navaja.

—No me bote el Baloto, ñero que me lo gané, ¿no es creyente? ¡Yo me lo gané, pirobo!, y también sacó una navaja de su bolsillo.

Cuando los dos se disponían a enfrentarse con sus armas cortos punzantes a lo lejos sonó una patrulla, este salió corriendo olvidando a su contrincante. David no perdió oportunidad, le hizo zancadilla y cuando Vasito cayó de cara, David se le echó encima y le dio cinco puñaladas, dos en el pulmón derecho las cuales serían imposibles cerrar y por lo tanto mortales; las otras a la altura del omoplato izquierdo. Se llevó su botella de bóxer. David salió corriendo y la policía llegó tarde para cuando Vasito ya abandonaba este mundo aún con el billete de Baloto en la mano.

Tuvo la facilidad de colarse en Tercer Milenio y tomar un articulado hacia el norte. Se hizo al lado de un señor pero David quería las dos sillas para su comodidad, así que, con su navaja comenzó a limpiarse las uñas, el señor al ver esto se intranquilizó y se paró de allí, entonces durmió un rato se sentía mal. Cuando despertó estaba en la calle setenta y dos, se levantó para bajarse, y se dio cuenta que lo habían robado, el bóxer y la navaja. Sacó entonces una navaja de emergencia que guardaba entre la suela y la plantilla del zapato izquierdo. Era un Cristo particular, de la parte

derecha salía una cuchilla no muy grande de cinco centímetros aproximadamente; la guardó en el bolsillo. Vio a un grupo de muchachos que según él «estaban buenos pa' trabajar», su ropa y sus celulares ostentaban eso. Se pasmó y se bajó en la estación del Virrey.

Caminó hacia las discotecas y entre las luces vio a tantas mujeres bellas alistándose para bailar que se impresionó, además, de ver una mejor oportunidad de trabajo donde había muchísimas más ganancias; sin embargo, en este lugar se sintió más repudiado que nunca, cuando caminaba por el lado de las discotecas sintió el asco que le ofrecían aquellas miradas. Sintió envidia y más resentimiento de no poder vivir de un mejor modo, rodeado de mujeres tan bellas, manejando carros lujosos y en un lugar en Bogotá donde todo pareciese seguro. Se dirigió al parque de la noventa y tres y el repudio fue igual a pesar que el parque era público, tuvo que ocultarse de los muchos celadores que lo sacaban del lugar en donde quería reposar y de los policías que andaban en la zona, eran muchos. Vio a un joven hablando por celular, se fue directo a «raponearlo» y lo logró, pero cuando corrió veinte metros un policía se le atravesó y lo agarró. Al rato llegaron cuatro motos y eran seis policías, nunca había visto tantos actuando tan rápido.

— ¿Papi, su cédula? —preguntó un policía.

—No tengo —contestó David, mientras lo esposaban.

Al momento llegó el dueño del celular y el policía le preguntó:

— ¿Va a denunciarlo?

— ¿Se demora mucho eso? —contestó el joven con cara de desgano.

—Bueno, pues tiene que hacer… En ese momento sonó el celular y el joven contestó pidiéndole permiso al policía.—Ya marica, ya voy es que tuve un problema con un chirri, ya le cuento. —Señor policía, gracias pero es que me tengo que ir —añadió el joven.

—Bueno, hasta luego. Se dirigió hacia David y preguntó — ¿Cómo se llama?

—David Rodríguez —contestó mientras tres policías lo requisaban.

— ¿Edad? —preguntó el policía señalando a la patrulla.

—Diecisiete —contestó David.

— ¡¿Diecisiete años?! —exclamó impresionado el policía— Mucho vicio, chino.

—Sí, tiene cara de chino, sino que es un desechable —contestó otro policía.

— ¡A mí no me diga desechable, «tombo» hijueputa! —vociferó David.

David sintió muchos golpes de las armas que la Policía Nacional provee, macanas. Después lo metieron de manera forzada en la patrulla magullado y lastimado. Escuchó David la conversación de los policías, después de dormir un poco:

—Mi subintendente Montoya, ¿lo va a llevar a la UPJ?, tal vez hasta se embale porque le recuerdo que es menor de edad.

—Tiene razón, Cuervo, dejemos a ese chino ahí en el Tercer Milenio, que toca ir a la Sexta a dar un informe y allá dejamos esta patrulla que va a quedar oliendo a mierda; son las diez por ahí a las once llegamos.

—Sí, mi subintendente —asintió Cuervo.

David durmió plácidamente en el piso de la patrulla. Cuando despertó estaba ya en el centro. Los policías lo dejaron en el parque Tercer Milenio sacándolo de mala gana de la patrulla y dejándole unos tantos golpes a modo de consejo, ninguno en la cara. David caminó por los lados de un barrio con nombre pacífico, tenía hambre y estaba iracundo por lo que acababa de pasar, si conseguía trabajo iba a laborar con ganas.

A las once y media de la noche una muchacha moría a manos de David en el barrio El Sosiego. La joven tenía un hijo de casi un año y hacía poco vivía con él y su pareja en ese lugar. Su nombre era Martha Ospina, la exnovia de David.

En una Cantina

«*Con la fe verdadera*

de un alma noble y pura

con íntima ternura mi amor te consagre,

te dije que era tuyo, te dije que te amaba,

que solo en ti pensaba y así lo cumpliré…"

Fragmento de la Canción: Fe Verdadera, Julio Jaramillo.

Eran las once de la noche y sonaba tal canción en la «rockola» que ya tenía varios créditos pendientes para escuchar. Se complementaba aquel ambiente con el golpe de las argollas en la rana y así mismo cuando caían al piso deslizándose por todo el lugar llegando a ocultarse en los lugares más recónditos. Las paredes de la cantina tenían afiches de Darío Gómez, Vicente Fernández, Los Tigres del Norte y demás agrupaciones y cantantes de música popular. Solo había tres mesas, un orinal y un baño que como siempre, quedaba al fondo a la derecha.

La cantina llamada «Don Daniel», estaba atendida por su propietario, Don Daniel. Era un señor de cincuenta y cuatro años con bigote, algo calvo, manos gruesas y un lápiz siempre en la oreja derecha para anotar las cuentas. En la entrada, al lado derecho se ubicaba la vitrina principal donde casi siempre estaba Don Daniel, recostado esperando ganarse la vida, en la vitrina había pasabocas, dulces y cigarrillos; el licor estaba en la parte de atrás en unas repisas bien organizadas (aguardiente, ron, whisky y uno que otro vino). La vitrina quedaba a mano derecha del umbral, en el rincón opuesto la rockola, al frente una mesa y al fondo otras dos mesas y la rana. La mesa uno es la que queda al frente de la rockola, aquella mesa estaba vacía y muy seguido llegaban clientes

ocasionales que bebían y se iban rápidamente; la mesa dos, se ubicaba al lado de la rana donde estaban jugando, y la mesa tres, era la mesa más cercana al baño, donde estaban tres sujetos entre los veintitrés y veintisiete años, en esta mesa ya había tres botellas de aguardiente vacías y unas nueve de cerveza, tres de estas medio llenas. Uno de los sujetos se veía realmente afligido, los otros dos trataban de consolarlo. ¡Y se llenaron las copas de aguardiente!

I

«… ¿Por qué te fuiste mujer? como un sueño fugaz,

dejando en todo mí ser una ansiedad pertinaz,

ahora espero en las noches tu regreso

al sitio donde un beso fue chispa de mi fe…»

Fragmento de la Canción: Fatalidad, Julio Jaramillo.

Luis estaba afligido porque hacía poco su mujer, Catalina, lo había abandonado sin aparente razón, tarareaba esta canción, bebiendo él solo, una botella de aguardiente y les decía a sus dos amigos Fernando y Roberto:

—En serio, yo amo a esa mujer —interrumpió lo que iba a seguir diciendo por cantar, «detente, no me robes la alegría, sin tu influjo luminoso, mi existencia es un destrozo oh gitana son tus ojos mi guion», siguiendo con sus lamentos. —Fernando, usted que lleva con Luisa como dos años, ¿Qué creería si le dice que se den un tiempo?

Fernando bebió de su cerveza, notablemente no estaba tan ebrio como su amigo, llevaba mucho menos allí, hizo un brindis, miró a su amigo Roberto con tedio, como diciéndole «Otra vez este despechado» y respondió:

—Luchito, no se ponga así por una vieja. No sea güevón y dese un tiempo, tal vez eso sea bueno para los dos. Luis interrumpió con un alarido.

— ¡Don Daniel, otro guaro y súbale a esa mierda! —dijo esto golpeando la mesa y tumbando una botella de cerveza, afortunadamente estaba vacía y no corto a nadie.

Este ruido llamó la atención de todos los clientes, al rato don Daniel fue hasta la mesa, barrió los pedazos de la botella llevando al tiempo el aguardiente, y les dijo a los tres:

—Compórtense o se me van a otro lado — arrugó el entrecejo y cuando se iba a ir a su sitio Luis le dijo:

— ¿Es que mi plata no vale? — En ese momento sacó unos cuantos billetes muy arrugados.

Roberto se puso de pie y le dijo amablemente a don Daniel:

—Qué pena con usted, vecino, ya casi nos vamos no se preocupe. Miró a su amigo y le dijo a Don Daniel en voz baja —es que esta todo despechado y usted sabe — simuló una sonrisa cómplice y pagó el aguardiente.

Don Daniel se fue y Roberto se volvió a sentar. Luis parecía más triste de lo que estaba, pensaba en Catalina, en los buenos momentos que vivió con ella, y cuando pensó en la posibilidad de que tales momentos no volverían, el terror le agobió; destapó el aguardiente, cogió una copa, se sirvió tres seguidos y los tomó con avidez, por un momento parecía que lloraba, pero no era que sus ojos

lo demostraran derramando lágrimas descontroladamente, sino era su disposición, su mirada, sus suspiros.

Roberto hizo un reclamo a modo de broma a Luis por no haberle servido a todos.

—Cuidado nos sirve —dijo y luego sonrió.

—Ese Roberto es bien sapo, sirva usted, usted no sabe ni de lo que estamos hablando, el Beto no tiene ni perro que le ladre —concluyó burlonamente.

Roberto tomó la botella, sirvió las tres copas, y le dijo a Luis:

—Vea, marica, cuando una mujer pide tiempo es porque está buscando lo que en la casa no le dan, levantó las cejas en señal de satisfacción y con la mano se ayudó para hacer más verídica su afirmación, luego se tomó el aguardiente.

Luis estaba lleno de ira, quería golpear a Roberto, pero sabía que no mentía, se tomó el aguardiente y rompió a llorar. Luis amaba a Catalina con el alma.

Fernando sirvió otro aguardiente y regañó a Roberto.

—Venga, no sea hijueputa, cómo le va a decir eso, ¿no lo ve?, señalando y pasándole a cada uno la copa de aguardiente, luego se le acercó y le dijo al oído —Usted sabe que ese borracho es todo loco, después se le da por ir a la casa de Catalina. Eso fue una aparente premonición.

Roberto dirigiéndose a la rockola que ya había dejado de sonar, escogió una canción y le hizo a Fernando un gesto que expresaba cierta culpabilidad. Luis recobró su ánimo y sirvió otra copa de aguardiente; sin embargo, ya su pulso flaqueaba y regó un poco de licor en la mesa y sus vestiduras, se puso de pie y les dijo a sus amigos que hicieran lo mismo, casi se cae y gritó:

— ¡Aunque mal paguen ellas!, así fue el alarido de Luis que después de beber, parecía haber arrancado las fuerzas para sostenerse y se tumbó en la silla.

Roberto y Fernando hicieron lo propio, pero se sentaron en vez de tumbarse en la silla y en la "rockola" comenzaba la canción "Aunque me duela el alma" de Julio Jaramillo.

Luis despertó de su letargo y se tomó media botella de un solo tajo y salió apresuradamente de aquel lugar, Roberto le dijo a Fernando:

—Vaya marica, no lo deje solo que ese es bien atravesado. — Fernando recogió la chaqueta de Luis, su saco y se fue. Se detuvo y pensó en algo, miró a Roberto pero este leyó sus pensamientos y le dijo «Todo bien, yo pago».

—Buena marica, gracias —contestó Fernando saliendo rápidamente.

Roberto fue donde don Daniel y mientras pagaba hizo una llamada que no duró mucho, se sentó en la barra y pidió una cerveza. Roberto tenía una sonrisa extraña y don Daniel que quería tener una conversación le preguntó a Roberto mientras contaba el cambio de este.

—Mijo, ¿Por qué tan contento? Tras de que lo tratan mal le toca pagar y usted feliz —dijo don Daniel, acercando su libreta de deudas para hacer las cuentas de las ganancias del día y rectificar.

— ¡Ah!, es que Luchito es buen amigo y uno debe estar en las buenas y en las malas con los amigos, perdonarles una que otra grosería y… ¿Ha escuchado usted el refrán «Que no se entere la mano derecha de lo que hace la izquierda»?

—Usted es muy buen amigo, mijo, ofreciéndole un cigarro al que Roberto rehusó amablemente.

—Sí, vecino—contestó Roberto y siguió riendo. En esta risa había frialdad.

Cuando don Daniel se percató de esto, llegó una mujer al lugar. Esta mujer era de una particular belleza, no tenía atributos llamativos a primera vista, pero su cuerpo disponía de una armonía que producía una sensual imponencia. Era delgada, casi al punto de que si un día se le veía en la calle, la gente diría «Mire esa flaquita tan linda»; además, su rostro tenía algo que a cualquier ser humano le desataría curiosidad de explorar, en su mirada había desdén. Ella miró ella a Roberto y le dijo:

—A ustedes si les gusta estas cantinas, vámonos, el taxi está en la esquina. Luego se dirigió a don Daniel —Señor, me hace un favor me regala un Kool don Daniel salió de su contemplación y se propuso buscar lo que le pedía, pero recordó que no tenía ese tipo de cigarrillos pues se vendía poco, decidió entonces sugerirle un cigarrillo de marca Green que aparentemente se asemejaba, era también mentolado. La mujer exhaló por la nariz y retrajo la boca, gesto que hacía sobresalir más su desdeñosa belleza y dijo resignada —gracias, señor, prendió el cigarro con un encendedor que estaba amarrado a la salida.

—A la orden —contestó animadamente don Daniel.

—Mi flamante amigo va para tu casa, Cata —dijo Roberto, sonriendo y dando el último sorbo a la cerveza.

—Pobre Luchito, me cambie de casa ayer y es bien lejos de donde vivía antes —dijo Catalina, mientras surgían humaredas de sus pequeños labios, vámonos.

Roberto se dispuso a salir, le dio unas monedas a don Daniel para pagar el cigarrillo que fumaba Catalina, él miró a Roberto mientras este se despedía con una venia y se dijo así mismo «Con esos amigos…». Don Daniel tuvo un antojo de escuchar cierta canción, fue a la rockola y la colocó antes de que vinieran las canciones colocadas antes por los clientes, era “Dejala” cantada por Diomedes Díaz, y con gracia escuchó este fragmento «…La sigues queriendo y yo te comprendo

pero te voy a hacer saber que yo estoy saliendo hace mucho tiempo con esa mujer si no me lo crees yo te lo demuestro...».

II

Eran las dos de la madrugada y esta canción comenzaba con esta historia:

"Martín Estrada Contreras

un tahúr profesional

tuvo un amor desde niño que nunca pudo olvidar

puso sus ojos muy alto

el hijo del caporal… "

El Tahúr, Vicente Fernández

— ¡Por fin una ranchera, ahora sí les gano! —dijo Sebastián, tomándose un gran sorbo de cerveza.

—Pero marica, ya va como cuatro tiros sin pasar de los veinte puntos, coja seriedad ahora sí que vamos perdiendo «la doble» —dijo Gustavo a modo de reclamo. Jorge y Armando medianamente se burlaban, pues estaban a punto de ganar, si hacían tres ranas de cincuenta puntos liquidaban el «chico».

La situación era la siguiente, se había apostado el primer petaco a la pareja que hiciera primero quinientos puntos, la pareja de Gustavo y Sebastián a duras penas llegó a los trescientos, por lo tanto, decidieron apostar «la doble o nada». Sebastián en verdad no tenía puntería, lo máximo que

había hecho en puntos fue ochenta, el resto le había tocado a Gustavo, también estaba la regla de que si no se hacían puntos con ninguna de las seis argollas, se reducían veinte puntos. Sebastián se había ido invicto en dos turnos, eso quería decir que solo logró hacer cuarenta puntos útiles.

Jorge y Armando eran dos buenos jugadores, y al ver que en realidad, palabras más palabras menos, enfrentaban solo a un contrincante, además que podrían beber de la manera de la que más gustaban, gratis, estaban felices. Este «chico» iba por lo tanto trescientos cincuenta para Armando y Jorge y ciento cincuenta para Sebastián Y Gustavo. Comenzaba el turno de Jorge. Primer tiro la metió a la rana de ochenta puntos.

—Va a tocar es que vaya pagando el petaco de una vez, le dio de nuevo, no entró y la siguiente argolla rebotó en la rana de cincuenta— ¡Uy casi, casi! —dijo sonriendo graciosamente; las otras argollas las metió en los orificios de veinte y la última la escupió la rana. En total, ciento veinte puntos. Armando empezó a vociferar:

— ¡Esta gente si es de buenas! ¿Vamos a la triple, Sebas?, — destapó la cerveza mientras se reía.

—Yo creo que con las rancheras juego mejor, ja, ja, ja, —Rió Sebastián, ofreciéndole una cerveza a Gustavo y le dijo al oído —relájese, Tavo, todo bien que si algo yo le respondo.

—No es eso —respondió Gustavo— si no que usted no me había dicho que era tan malo, la próxima jugamos billar.

—Bobo marica, juegue más bien —respondió Sebastián con una sonrisa.

Gustavo no contó con suerte, nada de suerte. Estaba tensionado y con una actitud pesimista. Cuando así se juega uno mismo es el verdugo de su suerte. Armando se burló ruidosamente, eso

molestó mucho a Gustavo, fue este al tablero de puntos y redujo su puntuación, todas las argollas terminaron en el piso. Armando le dijo a Gustavo:

—Gustavo, la gracia es que entren, ja, ja, ja, ahora pa' encontrar las argollas— Seguían riendo con Jorge.

— ¡Cómase un cerro de mierda! —Gritó Gustavo, recogió las argollas después de buscarlas trabajosamente y se las dio a Armando.

—Pero no se empute, Tavo —le dijo Jorge entre risas.

— ¡Entonces que no joda! —contestó Gustavo, tomándose la cerveza para aminorar la ira. En ese momento se acercó Sebastián y le dijo:

— ¡No se enrabone, cántese ese temazo que suena! , al tiempo que se preparaba para cantar en la posición de un mariachi mexicano, Gustavo le pasó la mano al hombro, la canción que cantaban era la siguiente: «Caballo de patas blancas con herraduras de acero hoy voy a brincar las trancas antes que salga el lucero y vas a llevar en ancas a la mujer que yo quiero…»

Armando le dio mientras Jorge se hizo al lado del tablero para correr de una vez el puntaje a quinientos.

—Complete esos quinientos —decía, mientras giraba cambiando del cuatro al cinco.

Gustavo se relajó y cantaba el tema con Sebastián a grito herido y en el coro subieron el volumen de su voz: «Yo sé que tus pretendientes presumen de ser matones y el miedo que yo les tengo lo traigo aquí en los talones».

Armando aparentemente se puso nervioso, pues de las seis argollas solo metió una y fue a la de veinte, quedaron a diez para ganar. Gustavo estaba resignado a perder; sin embargo, algún rastro de ironía le quedaba y le dijo a Armando:

— ¿Pero se puso nervioso?

—Sí, un poquito, pero yo no me voy limpio, limpio de puntaje, de plata— Guiñando el ojo y se fue a destapar otra cerveza, se sentó y le dijo a Sebastián —le toca blanca

Rieron estrepitosamente Jorge y Armando, Sebastián se preparó para comenzar su juego.

Armando anticipadamente le dijo a don Daniel:

—Don Daniel, anote el otro petaco a ellos de una vez. — Don Daniel se disponía a anotar; sin embargo, dirigió su mirada y vio algo inesperado.

Sebastián en la primera argolla que lanzó, la colgó en el gancho de arriba del tablero de la rana, eso quería decir «moñona». Los ganadores indudablemente eran Sebastián y Gustavo.

Sebastián empezó a saltar y las demás argollas las arrojó al tiempo, ninguna entró ni en los agujeros ni en las ranas y les dijo a Jorge y a Armando.

— ¿Quién los dejó blanca? — Se abrazó con Gustavo, intentó dar la mano a los perdedores, estos la negaron groseramente y estos comenzaron a tratarse mal.

— ¡Coma mierda, Armando fue su culpa, paga usted! —gritó Jorge bastante irritado.

—No, no, no —contestó Armando, también de mal genio por haber perdido de una manera insólita— Jugamos los dos, pagamos los dos.

En ese momento, Gustavo iba a airearse de la victoria, pero Sebastián le dijo:

—No joda, Tavo, que esa gente mínimo se va a romper, mejor ¡Jartemos!

Don Daniel ya sospechaba una pelea y le dijo a Jorge y a Armando.

—Bueno, ustedes me pagan, porque pa' que pero les ganaron legal, y no me armen peleas o si no pa' afuera —dijo don Daniel señalando la puerta.

Armando y Jorge pagaron sin siquiera despedirse. Gustavo los observó sonrió y le dijo a Sebastián:

—La próxima vez le pongo rancheras desde el principio.

Sebastián accedió a tal brindis.

Sebastián invitó a don Daniel una cerveza, sin embargo, este se negó y les advirtió que iba a cerrar a las dos y treinta. Les sugirió que se llevaran las cervezas a la casa y que después trajeran el envase. Sebastián y Gustavo se llevaron muy contentos las cervezas a su casa. Don Daniel en verdad quería cerrar rápido y acostarse en su cuarto que quedaba justamente encima de la cantina. Quería dialogar con su esposa sobre lo que había visto hoy, una máscara cruel del amor y la amistad confeccionada con la mezcla de la ingenuidad y el desdén por el sufrimiento ajeno, y por otro lado, una suerte insólita que parecía premiar a los seres más desinteresados.

Ludopatía

« ¡Esta máquina juega con el alma de uno! Igual el alma de los jugadores se va para el infierno».

(Frase escuchada en un casino del Terminal de Bogotá)

I

Para cualquier jugador, las cábalas, la posición en la que juega las probabilidades, y en ocasiones hasta la vestimenta pueden, según ellos, suministrarle la dosis de suerte que les permita seguir ganando. En esta sociedad, donde el dinero se ha vuelto el único dios existente y al que mayores sacrificios le ofrecemos, las casas de juego toman un papel importante, pues en muchas ocasiones estos lugares dibujan la esperanza del porvenir que tiene entre sus muchas consecuencias, el acercamiento cauteloso pero letal al vicio en forma de apuesta.

Este jugador en particular tenía muchas facultades, sabia calcular, controlar sus emociones, sus necesidades, además de ello, era de ese tipo de jugador que nunca se interesa por la ganancia, si no por el mismo juego, era de alguna manera un ser enajenado de la realidad, pero tal vez eso se deba a su edad. Rodrigo contaba con dieciocho años. Era un joven corpulento y de brazos fuertes, de estatura media y, a pesar de que supiera ocultarlo, inquieto. Él había dejado sus estudios de

economía porque no le gustaba, retirándose de la universidad con un promedio de cuatro en sus dos primeros semestres. Su padre trató de reclamarle cuando se enteró.

—Jovencito, ¿usted cree que yo cago plata?, ¡Como es hijo único cree que puede hacer lo que se le dé la gana!, o acaso le parece muy barato el semestre de tres millones que tuve que pagarle.

Rodrigo respondió tajante:

—Pero papá, qué hago si no me gusta; mire, aquí le entrego las notas, respiró Rodrigo que había estado nervioso todo este tiempo.

Don Rodrigo, padre de nuestro protagonista, observó cuidadosamente las notas, y su ira desfalleció en un suspiro.

—Bueno, ¿y qué le gusta al niño?, no es que ahora se le ocurra otra carrera bien costosa y después se le dé por retirarse —continuó don Rodrigo— ¿Qué se va a poner a hacer?

Rodrigo no pensó nunca en tal pregunta y contestó lo primero que se le paso por la cabeza y finalmente dijo: «Psicología».

—Pero eso solo lo estudia los locos —dijo burlonamente don Rodrigo.

—Es una carrera respetable y no es tan cara —dijo Rodrigo. Al rostro de don Rodrigo le desaparecieron unas cuantas arrugas.

— ¿Cuánto al semestre? —preguntó el padre.

—Un millón por ahí — respondió Rodrigo, estirando los labios hasta hacerlos encorvar y asintiendo con la cabeza al mismo tiempo.

—Todos los psicólogos que conozco tienen cara de locos, pero si es lo que usted quiere—Hizo el mismo gesto que su hijo y asintió.

El día que Rodrigo fue a pagar la matricula se fijó que no muy lejos quedaba un casino, no se atrevió a entrar, pero recuerdos agradables llegaron a su mente, más exactamente cuándo tenía nueve años y aprendió a jugar «guayabita» en la casa de su abuela materna; esa vez jugó solo con dos de sus primos, y ganó. Le dio ese espacio suficiente a su melancolía y al rato pagó su matrícula. De algún modo sentía que el umbral del casino le invitaba y le atraía con fuerza descomunal.

La «guayabita» es un juego de azar que suele pasar inadvertido, pero si se observa detenidamente cuenta con una simpleza que le hace interesante, pues se juega con un solo dado. Las reglas son sencillas, si sale uno se paga la primera apuesta, si sale seis gana la primera apuesta; los demás números son para apostar —esto quiere decir que si sale uno de los números restantes se podrá apostar la cantidad total o cuanto se quiera que haya en la mesa a un número mayor del primer intento—. Por ejemplo, en el primer lanzamiento sale tres; el apostador indica verbalmente la cantidad de su apuesta o con determinación dice que va por «todo», por lo tanto, en el próximo lanzamiento debe salir de cuatro, cinco o seis para ganar, si de lo contrario el dado muestra un tres, dos o uno perdería y colocaría en la mesa lo apostado. Obviamente, como todo juego de azar esta abrigado en la selva insípida de las probabilidades, controladas por un caprichoso dado que engendra apuestas colosales entre la angustia de los jugadores y también deleznables ganancias. Como ven, la sencillez y la simpleza de este juego lo hacen exquisito.

II

Llevaba Rodrigo dos meses en la universidad. Sus horarios fueron cómodos por la mañana, le gustó la carrera y al parecer estaba estudiando con un ánimo incansable, pero algo le faltaba. Consiguió una novia llamada Sara pero tampoco llenó aquel vacío. Un día decidió ir al casino que quedaba cerca de su universidad, jugó en las máquinas de póker y Dios pareció no tener piedad de Rodrigo, pues ese día ganó veinte veces lo que había apostado. El casino estaba lleno de luces y la melodía de las máquinas seducía a la codicia, además, ofrecía comida y bebidas a sus clientes en cómodas sillas para que estos saciaran su sed de juego. La alfombra que se deslizaba por todo el lugar hacía cautelosos y silenciosos los pasos hacia el pecado.

Salió del casino agitado y luego se fue a su casa meditabundo, pero supo comportarse, intentó hacer sus deberes pero no podía concentrarse y empezó a analizar una manera con la cual pudiese ganar más dinero ―bueno ni siquiera era por el dinero y eso era aún peor―. Su novia lo llamó esa noche, porque no había sabido nada de él desde que se despidieron el día anterior.

―Hola, hasta que al fin contestas, ¿Por qué tenías el celular apagado? ―preguntó Sara a modo de reclamo―. Estuve muy preocupada.

Rodrigo en verdad no quería hablar con Sara, y para sacársela de encima y no tener que dar muchas explicaciones le dijo:

―Se descargó, perdóname por haberte preocupado, mañana es viernes, ¿verdad? ― Sara interrumpió con un «aja»―. Mañana hacemos algo en la noche, Sarita, te quiero mucho, te voy a colgar es que tengo cefalea.

—Ja, ja, ja, ¡Nunca me habías dicho que me quieres! —dijo Sara sorprendida y contenta—. ¿En cuál lóbulo?, ¿quieres que vaya a tu casa?

—No, no te preocupes. En el lóbulo occipital, es solo que necesito descansar. Hasta mañana Sara,

—Adiós, cariño.

Rodrigo no mentía, si quería a Sara pero aún era muy joven para comprenderlo. Decidió pasar aquella noche investigando sobre los juegos que se ofrecían en aquel casino en su computador, y se trasnochó un poco estudiando meticulosamente cada juego. Al otro día, en vez de ir a la universidad, decidió llegar directo al casino, estaba abierto desde las ocho de la mañana. Apagó el celular para que nada lo desconcentrara y apostar todo lo que había ganado el día anterior. Lo perdió todo, de nada sirvió lo que había estudiado, esta vez la suerte no estaba con él. No se percató de la hora ni del clima ni de él mismo mientras jugaba en la ruleta y las demás máquinas, también un poco en el Black Jack; cuando salió ya eran las seis de la tarde, no había comido nada y en ese momento se acordó de Sara, pero en vez de llamarla o encender el celular —aún peor esta última opción—, prefirió irse a su casa rápidamente y aprendió sobre la suerte del principiante: que solo ocurre una vez. Alguien vio a Rodrigo salir del casino, era Sara.

Rodrigo no volvió a la universidad, aunque siguió leyendo sobre psicología, le era útil para el juego de póker; sin embargo, ya había jugado en las maquinas este juego, nada se igualaba a poder disfrutarlo con los demás jugadores. Consiguió un trabajo en las mañanas (vendiendo ropa) en un almacén donde le pagaban a diario, y luego se dirigía al casino. En una ocasión, Sara fue a buscarlo allí, lo encontró y le reclamó:

—Tras de que me deja plantada, no vuelve a la universidad.

Rodrigo jugaba en ese momento en la ruleta, porque las mesas de póker estaban llenas y debía esperar un buen rato. Rodrigo no estaba de buen humor.

—Excúsame por dejarte plantada, no he podido ir a la universidad. — No cayó el número deseado por Rodrigo. — ¿Y qué?, ah… he tenido problemas. Volvió a perder.

Sara estaba realmente ofuscada y alzó la voz pronunciando un « ¡Vámonos!», la mayoría de jugadores miraron a su dirección, Sara enrojeció, Rodrigo seguía jugando y le dijo a Sara:

—Esta noche nos vemos en mi casa a las ocho, ¿te parece? —Perdió su ultimo crédito y ya comenzaba a morderse las uñas, un nuevo ademan adquirido por las ansias. La ansiedad engullía su razón y también su cuerpo con sus propios dientes.

—Ya son las diez de la noche, vámonos, por favor —imploró Sara, aunque más bien parecía ordenarle.

Rodrigo sabía que aún no había mesas y por lo tanto debía esperar un buen rato, y le dijo a Sara con los ojos iracundos, tomándole los brazos:

— ¡Váyase, que me da mala suerte! — le dijo gritando.

Un golpe similar a un aplauso resonó en el casino, esto distrajo por un momento a los jugadores, las máquinas tomaron un respiro corto y silenciaron su oficio, luego al ritmo de las monedas siguieron ambientando el enfermizo ambiente.

Sara pareció escuchar a un desconocido que la increpaba en vez de estar hablando con su actual pareja. El aspecto de Rodrigo ya no era el de antaño, tal vez por eso ella reaccionó de la manera menos pacífica y más práctica, con una bofetada había sellado su despedida.

Anunciaron luego que había un lugar en una mesa y Rodrigo sin espabilarse de lo que acababa de suceder y sin percibir dolor alguno, sonrió ante aquel anuncio que se escuchaba por el altavoz, deleitándose en las tres ocasiones que repetían se dirigió hacia la mesa como por un sortilegio y se dijo así mismo «De malas en el amor, de buenas en el juego».

Tuvo que perder mucho Rodrigo para comprender que debía controlar su ansiedad y a ese paso era un buen candidato a ser llamado «ludópata». Realmente era un alma predilecta al juego; comía poco y pasaba más de ocho horas en el casino. Sus rasgos se hicieron cada vez toscos y hostiles, debido a la falta de alimento y descanso. Se enajenó totalmente del dinero y pedía prestado para jugar, ya no le importaba su orgullo o su honor, nada más quería vivir para el azar. No volvió a su casa, sus padres creyeron que era una cuestión de independencia.

Vivió seis meses así, pero lo despidieron del trabajo debido a su aspecto agotado y deshilachado para alguien tan joven. Rodrigo había descuidado su fisionomía considerablemente, ya no dormía bajo techo o bueno solo cuando iba donde sus padres, nunca robó, eso le parecía infame; sin embargo, se enfermaba seguidamente debido al frio de las madrugadas citadinas. Aprendió a mendigar para así jugar pero en el casino le prohibieron la entrada por su mal aspecto, se percató por fin en tal momento que tenía un problema, pero Dios siguió sin escucharle.

Una noche, Rodrigo deambulaba en harapos con una bolsa con pan en la mano izquierda, mientras disfrutaba la gélida brisa bogotana de la madrugada, miró hacia una esquina y vio a dos indigentes jugando con una caja de fósforos, Rodrigo se acercó:

— ¿A qué juegan? —preguntó manteniendo la distancia.

Uno de ellos miró desconfiadamente pero no dijo nada.

—Aquí apostando el «carro», más bien ábrase y déjenos la liguita —dijo el otro indigente estirando fláccidamente un brazo tembloroso.

Algo brilló en los ojos de Rodrigo, no quería la dosis de bazuco ni mucho menos, no consumía ningún tipo de drogas o alcohol, sabía que eso no le ayudaba cuando jugaba y eso lo había comprobado antes con la marihuana y la cocaína, además, había leído sobre los efectos en el cerebro y prefería cuidarse, la verdad lo que quería era apostar.

—Apostemos, tengo acá unos panes —dijo Rodrigo, esa era la cena de él, sonrió y continúo. — Todo o nada.

—Breve —dijo el indigente. Pille, lo que tiene que hacer es dejar parada la caja de fósforos así y dejó parada la caja verticalmente, tirándola desde acá, señalando aproximadamente quince centímetros del suelo.

Rodrigo asintió, dado que había entendido ese juego, los tres se sentaron en el piso formando una especie círculo alrededor de la caja. Le dio primero el indigente callado, se le cayó, temblaba mucho, el segundo corrió la misma suerte, y Rodrigo también. Así siguió el juego por unos veinte minutos. En ese momento, sin que se percatara Rodrigo, alguien se acercaba por su espalda, los

dos indigentes al ver aquella nueva presencia huyeron despavoridos llevándose el pan y la dosis que se apostaban.

— ¿Qué pasó? —preguntó Rodrigo.

Un estruendo resquebrajó la concentración de Rodrigo, además de su cabeza desde el lóbulo occipital hasta el frontal y envolvió de angustia a los pocos transeúntes que por ahí andaban, también a las personas que lograron escucharlo desde sus hogares, tal vez porque en la mayoría de ocasiones un disparo sesga una existencia. Rodrigo cayó de cara al suelo, miró la caja por unos segundos y con su mano izquierda la tomó, la levantó un poco con su brazo, soltándola, esta vez cayó parada aquella caja; satisfecho exhaló su último suspiro. Un gélido viento derribó la caja y despojó del cuerpo inerte un alma.

Sortilegio Urbano

I

Lucía, una joven universitaria de veinte años, de ojos color café —no muy llamativos—, rasgos delicados, delgada y con un color de piel anhelado por la población citadina que nunca recibe las caricias del sol. Llegó a su aparta estudio a pasar su primera noche en el lugar que sería su hogar por los próximos seis meses. Era evidente que Lucía no pertenecía a La Ciudad. Antes de salir de su lugar de origen, fue a la iglesia para confesarse, pidió perdón, mientras que rogaba por la bendición académica y por supuesto amorosa. Sus padres, comerciantes de un municipio, decidieron arrendar el aparta estudio cerca de la universidad para ella sola.

Era la hija mayor de una familia de tres hijas, sus padres confiaban plenamente en ella, había sido una estudiante ejemplar, era buena hermana y sobretodo buena hija. Educada bajo las costumbres católicas en un pueblo no muy grande envuelto en la temperatura donde el aliento se escapa en suspiros por las noches. Lucía tuvo su primer amor a los diez y siete años en aquel pueblo, a pesar de la oposición de su padre llamado Luis. Sin embargo, tal no duró tanto, aquel joven traicionó a Lucía y desde ese momento ante el amor ella pospuso su protagonismo.

A esa misma edad terminó su bachillerato, sus padres no le afanaron en que escogiera una carrera, ella decidió trabajar con sus padres como administradora en el negocio familiar. Sus padres le pagaban, menos que a cualquier empleado, esto suelen hacer los padres con el argumento muy válido de «Pues yo sé que le pago menos, pero a ellos yo no les he dado estudio, comida, ropa, etc.»; sin embargo, ahorró ese dinero en secreto comprando cosas llamativas para que sus padres

pensaran que gastaba todo en caprichos y andaba con lo justo, pues ella conociendo a su padre sabía que él no demoraría en pedir una cuota molesta por la manutención. Salía con sus amigas, compraba ropa, salía a bailar, a viajar y era amable con su familia. El dinero disfrutaba en compañía de Lucia y parecía ser que nunca iba a desampararla. Decidió estudiar derecho por un amigo de su padre que se había quedado con una finca de no pocas hectáreas como parte de pago de un político a quien ayudo a hacer campaña para el cargo de concejal y comentó el proceso:

— ¡Eso estaba más perdido! —decía el amigo de don Luis, llamado Ernesto, mientras destapaba una cerveza— esa finca era de ellos, pero el concejal me dijo que me la daría si ganábamos, quería era hacerle el daño al otro. Estábamos jodidos, hasta que a este hijueputa se le dio disque por «jugarle sucio» y conseguimos a una vieja pa' que le picara el toche y funcionó. Le dijimos al marica ese «le contamos a su mujer o nos da la finca» y Luis, uno por salvar la familia hace lo que sea, lo más mierda es que el concejal después le mandó unas fotos a la esposa, ella le pidió el divorcio y lo dejó nada más con una casa chiquita porque como se le fue con los chinos. ¡Tenga cuidado Luis donde pica el toche!

Siguieron tomando cerveza y después aguardiente, mientras escuchaban rancheras y corridos. Lucía pensó «juego sucio». A los dos días, Lucia le comentó a don Luis su deseo de estudiar derecho.

— ¿Qué le dio ahora por estudiar derecho?, eso es mucho difícil y más caro —dijo don Luis, mientras se tocaba los bolsillos.

—Es que todos mis primos estudian medicina y negocios internacionales, sería la primera abogada, usted sabe que yo soy juiciosa papá, dale.

El padre asintió y pensó que una hija abogada le daría prestigio en el pueblo. Así, Lucia viajó a La Ciudad a mediados de julio.

—Confío en ti y en que La Ciudad no me la vaya a dañar —le dijo el padre con un tono algo resignado.

Don Luis se fue a trabajar. Lucía nunca había visto a su padre así, además nunca la tuteaba. Lucía fue a llorar a su cuarto y su padre colocó una canción a todo volumen de los Dotores de la Carranga llamada «La de estrato ocho». Acongojada miraba su cuarto percibiendo la tristeza profunda de las despedidas, por la ventana a su pueblo y sintió que abrazaba con su alma todos esos lugares que dejaría atrás.

II

« ¡Nadie me conoce y ni yo conozco a nadie!», esto emitió Lucía como primera impresión. El frío le dio la bienvenida en el centro de La Ciudad, entre toda la gente se sintió desconocida, no tenía que saludar a nadie. El hálito de la ciudad no le molestó para nada a sus pulmones —acostumbrados a aires más amables—, para ella en el desdén estaba la libertad. Tomó un taxi desde la terminal, en el trayecto se percató de los grafitis que parecían invitarla a descifrar el quehacer urbano. Pagó al taxista lo que le solicitó, golpeó la puerta. Miró a su alrededor, se fijó en cada detalle, todo le era novedoso y quedó perpleja al posar sus ojos en un edificio enorme; se dispuso a caminar a ese lugar después de que dejara en orden el equipaje en el aparta estudio. El aparta estudio estaba sobre una casa de amplio patio, amplia sala, antejardín, garaje y dos pisos con un balcón en el piso en donde Lucía habitaría, cabe decir tenía entrada independiente. En el primer piso, vivían los dueños

de la casa que eran conocidos de don Luis. Lucía golpeó la puerta, al rato salió una señora de aproximadamente sesenta años de mirada desconfiada, temple hosco y movimientos tiernos, al observar a su nueva huésped algo le produjo melancolía y no fue solamente la belleza juvenil que tenía Lucía, sino también la mirada inocente de esta niña que como los ojos de un minino se mantenían sorprendidos a la espera del hechizo que resalte con el más pequeño detalle, le quiso al instante. Le abrazó, Lucía no se sorprendió y correspondió al abrazo, entraron a la casa y la señora se presentó como María de Rojas Guerrero; luego se presentó su esposo llamado Rodrigo Rojas, hombre tosco y de pocas palabras, saludó con amabilidad e invitó a sentarse a Lucía, mientras a doña María le pidió que trajera algo de comer. Doña María trajo un agua de panela muy oportuna para aquella noche fría con un pedazo de queso generoso. Don Rodrigo inició el ritual para comer este suculento entremés, metió el queso en el aguapanela, esperó un momento y posterior a esto, ayudado con una cuchara fue sacando el queso que se estiraba y se estiraba debido al cambio de temperatura y también a la cantidad de lactosa que reaccionaba así al calor, se notaba que se disfrutaba mucho con esto, Lucía hizo lo mismo, regó un poco y le dio vergüenza volver a intentarlo, pero pensó «Tengo que dominarlo».

Eran las siete de la noche y ya después de la merienda comenzaron a hablar, Don Rodrigo se puso a conversar con la recién llegada.

—Uno debe ya tener cuidado para arrendarle a los demás, los antiguos inquilinos nos dejaron de despedida un pollo entre las cisternas, nosotros ni sabíamos de donde venía esa podredumbre, hasta llegamos a sospechar que era un muerto o algo así, luego el plomero hizo lo suyo, pero ese gasto fue casi de tres millones, pero bueno las cosas salieron bien. — Lucía sorprendida dijo:

— ¡Tres Millones!, oiga muchos miserables, pero a mí me tocó peor, bueno a nosotros. En la casa pasó que nos hicieron como brujería, eso pa´ sacar ese espíritu tocó pedir ayuda a la bruja del pueblo, Don Rodrigo, no me haga esa cara que existen. — Don Rodrigo sonreía y ella prosiguió —y nos desenterró las fotos de un patio con una cruz, es que la que se quedaba era bruja también y le hacía rezos a mi papá, pa´ enamorarlo, bueno, pero después me dijeron que por las noches se fue esa mujer pa´ los campos y como que allá si la pelaron, la gente del campo no se pone con pendejadas. — Se detuvo, le pareció que había hablado mucho, sin embargo, a Don Rodrigo esto le dio la garantía de lo buena muchacha que era la recién inquilina y le dijo:

—Vaya descanse, hablamos en estos días— y fue a ver las noticias, deseando de paso buena noche.

Por lo tanto, las condiciones en la casa serían propuestas por doña María, entre ellas, se prohibían las llegadas después de las doce —a esa hora se echaba tranca—, no quería ni fiestas ni escándalos, pues eso hablaría mal de una niña buena como ella. Lucía no puso problema, estaba acostumbrada a lo de niña buena y lo que propuso doña María no le molestó. Estaba algo agotada y pidió permiso para retirarse diciéndole a doña María que al rato iría a la enorme torre, esto lo escuchó Don Rodrigo y con asertiva actitud le dijo a Lucía:

—A esta hora es peligroso, y sobretodo un martes que no hay casi gente, eso está lleno es de viciosos y ladrones, ¡Vaya a dormir más bien, ya habrá tiempo!

A lo que Lucía respondió:

—A las buenas…

Don Rodrigo no le puso mucho cuidado a este sarcasmo, pues en el noticiero se hablaba del impuesto predial. Lucía subió a su cuarto despidiéndose, aclarando que no tenía hambre y que seguramente se dormiría al instante.

Llegó a su cuarto y solo cuando vio la cama se percató de lo cansada que estaba y pensó que lo mejor sería dormir. En ese momento, un carro pasaba al frente con un volumen nada recatado y la canción que se escuchaba decía así: «La calle es una selva de cemento y de fieras salvajes como no, ya no hay…», esta canción la siguió tarareando Lucía mientras el sonido se alejaba y pensó en lo de la selva de cemento, seguramente soñó con ello.

III

Todo marchaba bien en la casa, pues Lucía era una mujer ordenada e independiente, los contratiempos llegarían en la universidad. Ella no estaba acostumbrada a un nivel de estudio tan alto y exigente; sin embargo, una mujer disciplinada como ella rara vez se deja vencer. Sus tropiezos fueron más de nivel social. Al comienzo tuvo problemas con sus compañeros, por su ascendencia, quisieron agobiarla pero Lucia sabía ser desdeñosa y contestona, y para evitar algún percance disimuló su campestre acento; sus ademanes poco a poco se fueron adaptando a la universidad y en poco tiempo hizo amistades entre las cuales estaban Carolina, Sandra y Alejandro. Carolina era una mujer de veintitrés años con una hija de cinco años, trabajaba como asesora comercial los fines de semana en un almacén de ropa para dama, siempre se quejaba del transporte,

vivía con sus padres y a pesar de haber tenido un hijo era una mujer supremamente agraciada, sus formas armónicas moldeaban sus prendas en caminos que terminaban en una sonrisa siniestra y en el abismo de una mirada intrigante. El amor en ella había sido algo tormentoso. Sandra era una mujer más bien recatada de no poco encanto, su familia acomodada le proporcionaba todo, por lo tanto, no trabajaba, había terminado una relación de tres años a pesar de que ella solo contaba con diecinueve años, y se encontraba en un estado debilidad de afectiva y de cansancio. El encanto de Sandra, era tal vez su sencillez y su temple en el momento de tomar decisiones y como no decirlo, en los delicados rasgos de su rostro. Alejandro era un joven que no tenía preocupación alguna, no conoció a su padre pero su padre adoptivo siempre le mantenía sus caprichos, había experimentado más allá de lo moral y por lo tanto las consecuencias llegaron; comenzó su vida universitaria a los veintidós años y ya había salido de tres universidades distintas, sin embargo, era notable que en esta carrera relucía. Alejandro gustaba del festejo y de bailar. Decidió invitar a Lucía, claro está, con sus dos amigas, él dijo que llevaría dos amigos más para quedar «emparejados» a beber algo y por supuesto a bailar. Lucía no se negó.

IV

De todas las noches en las cuales Lucía y Alejandro salieron a bailar, tal vez merece solo la primera ser relatada, pues las demás solo son el eco de esta noche de jolgorio. Esto sucedió a mediados de agosto. Fueron ese día Sandra con Carolina y dos amigos de Alejandro llamados Cristian y Óscar hacia una discoteca donde colocaban toda clase de género musical.

Alejandro ese día iba de «cacería», su objetivo principal era Lucía, aunque Sandra era muy simpática y Carolina tenía un «cuerpazo», Lucía era quien más le llamaba la atención, a pesar de ser recatada, tranquila y responsable y no tuviera una belleza sobresaliente. Sin embargo, Lucía en la discoteca brilló y las luces impacientaban su cuerpo forzándolo a moverse al ritmo que dispusiera la música, sacó a bailar a Alejandro, él aceptó, pero en su mente revoloteaba una pregunta « ¿¡Cómo así!? » Así comenzaron con el baile y se entregaron a la avidez del escape y pronto olvidaron sus nombres y su propia persona, hasta que entre los pasos encontraron por un instante libertad.

Alejandro se dio cuenta que en la discoteca esta mujer sobresalía de manera sorprendente, por eso cambió poco de pareja., también se percató que en el baile ella alteraba sus emociones para sosegar su realidad, ella hacía parte de la música pues resonaba con ella dejando que el volumen de esta controlara sus movimientos, y entre las luces parecía darle más brillo a estas artificiales y vacilonas lumbres. En ese momento, Alejandro sin darse cuenta estaba dispuesto a dejar que su alma se desvaneciera entre sus pies mientras bailaba con ella, pero Lucía ya había arrebatado el alma de Alejandro antes de que llegara a esta conclusión. Ella le dio un beso. A la salida todos se fueron a sus casas después de molestar un poco a la recién pareja. Lucía no dejó de abrazar a Alejandro, y este le preguntó:

— ¿Vamos a mi casa?, hoy mis papás están de viaje. Ella sonrió a escondidas y dijo rápidamente:

—Dale, ¡porque tengo un frío!, así nos arrunchamos más rico.

Llegaron a la casa de Alejandro, entre besos y caricias sueltas de cualquier pudor, él acarició su sexo llegando lenta y cautelosamente allí con su mano derecha, mientras con la mano izquierda

busco soltar el sostén y casi a la velocidad de un relámpago ella estaba totalmente desnuda. Aparentemente más frágil e indefensa y al mismo tiempo agresiva e imponente. Alejandro al contemplarla así, se vio apoderado de un deseo carnal indetenible y casi se desgarró las vestiduras, entonces Lucía al notarlo prorrumpió en palabras en este momento casi místico.

—Póngase el condón, ¿Usted cree que yo soy pendeja?

Después de seguir Alejandro obedientemente el consejo de Lucía, besó sus dulces senos y cada parte de su cuerpo que era tan esbelto, tan saludable y entre fogosos alientos al placer le ofrecieron orgásmicos tributos, cuando ya no dieron más, el amanecer les ayudó a cerrar los parpados. Alejandro despertó en la mañana y al darse cuenta que Lucía no estaba, sintió que su alma había sido arrebatada, afortunadamente para él no fue sino un instante. Lucía ya bañada y lista, apareció en la puerta de su cuarto y le dijo:

— ¡Jum!, ni prendo el celular porque mi papá debe estar que me mata. En la cocina te dejé desayuno, debo irme ya. Le dio un beso al somnoliento Alejandro y se fue.

Alejandro no lo notó, pero él ya no se pertenecía y se sintió de pronto muy solo. La llamó al rato y concretaron una cita para ir a una galería al otro día.

V

La cita era a las dos y cuarenta. Él llegó veinte minutos tarde, Lucía diez minutos más temprano, en el interior de Lucía algo latía como un recuerdo de algo importante que inquieta nuestro día pero pronto lo olvidó, cuando vio a Alejandro no le reclamó por haber llegado tarde y lo recibió con tanto agrado como a su aroma, se apresuraron a la galería, él invitó a manera de guía leer en donde se explicaba el título y algo de la biografía del autor, ella al percatarse del previo conocimiento le preguntó:

— ¿Habías venido antes?

—Sí. — contestó rápidamente.

Desconcertada, le recriminó el no haberla invitado antes y le dijo:

— ¡Egoísta! — él solo sonrió.

Él entendió mejor las cosas de la galería debido a que siguió el orden, Lucía le siguió la corriente y entre discrepancias y gustos similares dieron significado a las obras; entraron al jardín mientras escuchaban el Cantico del Sol.

Cuando fueron a caminar por La Ciudad, al frente de una iglesia, Lucía se persignó como buena creyente, Alejandro hizo un espasmo como de burla y el rostro de ella se transformó. Alejandro al darse cuenta de eso le pidió permiso para hacer una llamada. En ese momento vio a un habitante de calle comiendo pan, dándole a la afanosa hambre que le acometía tremendos bocados, se le cayó a este un pedazo y Lucía al percatarse recogió aquel pedazo, lo sacudió un poco, alcanzó al muchacho y al tomarlo del hombro este se sobresaltó y la miró agresivamente, sin embargo, Lucía le dijo:

—No bote la comidita así.

Desconcertado el muchacho no sabía qué decir, tomó el pedazo, de pronto Lucía se dispuso a buscar algo en su maleta, él apuntó su mirada dentro de la maleta de ella y se percató de que tenía una Tablet, pensó en robarla pero un ofrecimiento lo dejó estupefacto.

— ¡Toma!

Lucía le ofreció una mandarina que guardaba, el muchacho relajó su rostro dando paso a una grata sonrisa, y le dijo:

—Gracias.

En ese momento Alejandro llamó casi a gritos a Lucía.

— ¡Lucía, venga!

Lucía volteó a mirar a Alejandro y se dijo así misma « ¿Qué le dio ahora?», luego se dirigió al muchacho:

—Adiós, que Dios te bendiga.

—Hasta luego —contestó el joven, siguiendo su camino, alelado mientras miraba aquella jugosa fruta.

Cuando Lucía se acercó, Alejandro le preguntó a modo de reclamo:

— ¡¿Usted qué hacía con el chirri ese?! Después me la roban ¿y qué hago? Lucía, esa gente es bien peligrosa.

Lucía contestó:

— ¡Qué va!, solo tenía hambre, si vieras como se le salían los ojos cuando saqué la mandarina de la maleta.

La noche llegó y Alejandro quería tequila, ella también pero aún no lo sabía, así que la invitó a un bar, entraron y era un lugar bohemio, con posible música en vivo y claro, buen rock. Pidieron dos cervezas y dos tragos de tequila que se multiplicarían para recordar viejos amores y un abrazo se apoyó en el otro y entonces los besos fueron más acogedores y llenaron la silla vacía que se hace llamar compañía. Cuando Alejandro se dispuso a pagar la cuenta, Lucía se le adelantó dando un contundente golpe y acabándolo con esta frase.

— ¡No sea machista!

Él, aunque con disgusto, aceptó el golpe como caballero y supo que tal encuentro se repetiría para poder golpear él. A la salida del bar Lucía recibió una llamada de su madre que le recordaba que ese día cumplía años su padre, su madre no escuchó explicaciones y le colgó, eso le produjo un gran sufrimiento, él solo supo hacer con las lágrimas caricias y sostuvo un poco la tristeza de Lucía sirviendo como apoyo un abrazo. Se despidieron con un beso y Alejandro se dijo así mismo mientras se dirigía a su casa «Ella es alguien invaluable».

VI

Comenzando noviembre, Lucía estaba ya molestándose de tanto exceso de cariño; Alejandro era por decirlo así, muy solícito con ella pero sobretodo celoso. Para Alejandro, Lucía era su felicidad tangible, él la amaba con el alma. Sin embargo, el veintidós de noviembre ella acabó con la relación dejando a Alejandro triste hacia una navidad latente. Para Lucía, él ya dejaba de serle interesante

y se había vuelto alguien predecible y Alejandro comprendió que con las damas no se puede ser totalmente gentil, la total amabilidad para ellas les concede un temor inefable, en cambio la austeridad les juega en su interior curiosas pretensiones.

Cuando ambos descubrieron esa verdad, esta alumbró como el potente sol que desvaneció sus manos entrelazadas hechas de niebla. Ella jamás lo amó, no fue culpa de Alejandro ni siquiera de ella, sino que su alma nunca se adaptó a La Ciudad, era muy fría. No solo el trato con las personas sino todo lo que le rodeaba, la desconfianza constante no dejaba dilucidar el calor humano, y era todo tan superficial, por ello, sin saberlo sus sentimientos se ocultaron, entonces sintiéndose sola, sus labios pronunciaron el hogar y los sentimientos ocultos de un alma que resucita tradujeron, «¡Mañana me voy pa'l pueblo!».

Con las clases terminadas, se fue temprano para su pueblo, sin mucha ropa pues allá estaba su hogar y siempre este le acogería así fuera desnuda.

En el bus hacia su pueblo tuvo un percance que vale la pena mencionar. Su celular como víctima del peor de los golpes se desajustó, más adelante cuando ella lo «cacharreó», no encontró nada raro, por eso las muchas llamadas de Alejandro no fueron contestadas. Casualmente se dañó cuando en el bus el sol irradiaba un calor de bienvenida, y mientras las ventanas dejaban que el aire fresco se apoderara de los pasajeros que parecían tranquilizarse como por medio de un Embrujo Campesino.

EMBRUJO CAMPESINO

¡No Diga Palabras Ociosas!

I

Estoy seguro de que esto ocurrió en los tiempos en que la palabra valía algo, valía todo; tanto así, que si se soltaban deliberadamente parecían sentenciar acontecimientos aparentemente impensables, luego sentí un fatal empujón.— ¡Qué no diga palabras ociosas! —, y acabando decir esto, mi abuela me abofeteó mientras mi madre lloraba sentada en los primero escalones que llevaban a mi cuarto.

—Y agradezca que no está su abuelo —prosiguió mi abuela y en ese momento la puerta se abrió.

Mi abuelo recorrió en un segundo la distancia entre el umbral y la sala, aproximadamente de diez metros para pararse enfrente de mí.

— ¿Qué pasó Lucila? —preguntó esto, dirigiéndose a mi abuela y luego mirando a mi madre, siguió preguntando — ¿Por qué María Magdalena está llorando?

Ambas mujeres enmudecieron, mi abuela quiso hablarle pero las palabras no salieron de su boca que se hacía cada vez más diminuta ante la impaciencia del abuelo, que con silencio dominante preguntaba instigadoramente con la mirada; cuando ya iba a vocalizar de nuevo la pregunta mi abuelo, llenando los pulmones de aire para sacar a gritos su ira, yo decidí tomar la palabra:

—Abuelo, lo que pasó fue que… —decía mientras sentía mi garganta congelada, tanto que mis palabras salían temblando — le dije a mi mamá que ella se la pasaba más tiempo con sus amigos que conmigo, que ni sabe en qué curso estoy; me golpeó y le dije « ¡Si viniera papá, me voy con él!», ahí mi mamá se puso a llorar y mi abuela me pegó.

Mi abuelo acercó de pronto sus manos a mi rostro verificando mis dos mejillas que estaban rojas, pues mi madre era diestra y mi abuela zurda. Se alejó y dijo:

—Magdalena, venga.

Mi madre se acercó y cuando quedó enfrente de su padre, este con su mano derecha le propinó un bofetón en la mejilla que la tumbó al instante, yo ataqué a mi abuelo, pero él me sometió, dejándome en el suelo mientras llamaba a su empleada:

— ¡Rita, venga y coja al chino!

Rita llegó y me agarró fuertemente con los brazos mientras me alzaba. Rita era la más fuerte de las mujeres de la casa. Era empleada de mi padre cuando este contaba con treinta años, ya mi abuelo contaba con sesenta. Cuando mi abuelo se liberó de mí me dijo:

— ¡Cálmese! —exclamó y prosiguió—, le doy la razón al Abel. Dijo esto último dirigiéndose a mi madre, — ¿Se le olvidó que es mamá?

— ¡Papá! — Se levantó mi madre indignada, diciéndole al abuelo. —Usted, es un machista, las mujeres tenemos derechos…

— ¡Y también deberes! Eche pa' su cuarto o pa' la calle, usted verá, Magdalena. Mi madre se fue a su cuarto que quedaba en el segundo piso junto al mío.. Mi abuelo prosiguió.

—Ven, Lucila.

Mi abuela quedó enfrente de mi abuelo, pensé lo peor y Rita presintiéndolo me agarró casi con toda su fuerza, le sentí el agotamiento en sus gruesos brazos, y mi abuelo habló así:

—Yo doy con las dos manos—Acercando su mano izquierda a la mejilla suavemente arrugada de mi abuela y la acarició con cariño—. Lucila, usted sabe que yo nunca le levantaría la mano (suspiré, y mi abuelo prosiguió), no le pegue a Abel por decirle la verdad a Magdalena.

—Yo no le pegué por eso —dijo por fin mi abuela—, le pegué por decir que se iría con el pelmazo ese del papá, si volvía.

—Sí, menos mal yo no estaba. — Se dirigió hacia mí. — Abel, mañana me acompaña a la finca y hablamos, vaya acuéstese que madruga. Rita, ya puede soltar al niño. (Me sentí libre a pesar de la advertencia de mi abuelo) y deje de ser chismosa Rita, vaya a dormir —ordenó.

Este es mi primer recuerdo, a los seis años, de un montón de vivencias que no puedo rememorar hasta mis dieciocho. Son eventos en el reflejo de una laguna de retazos hechos de imaginación que con una hoja seca de realidad pueden conmoverse casi hasta la turbulencia, cambiándolos hasta casi hacerme preguntar ¿Eso sucedió?

Al día siguiente, Rita me levantó a las cinco de la mañana llevándome agua de panela a la cama mientras prendía la luz.

—Mijo, don Ismael ya está listo, ¡apúrele, tómese esto y se baña! —me decía mientras me ayudaba a levantarme, alisté mi ropa, las cotizas y me fui a bañar.

Abajo encontré a mi abuelo desayunando tranquilamente y veía como poco a poco se iba aclarando el día, mientras tanto, todos los gallos del pueblo cantaban afinadamente haciendo huir a la oscuridad dando paso al sol para un nuevo día. Me bañe rápido, mi abuelo ya había terminado de

desayunar, en la mesa estaba mi desayuno servido, comí de afán, pues creí que mi abuelo estaba impaciente por irse a la finca y no quería retrasarlo, sin embargo, me dijo:

—Coma despacio, disfrute la comida o sino como va a disfrutar la caminadita.

Desayuné tranquilo y a los diez minutos salimos de casa, después de despedirme de la abuela y Rita, mi mamá no me habló cuando bajó a comer.

Saliendo del pueblo, mi abuelo se encontró con un amigo, don Raúl, que llevaba una niña como de mi edad de la mano. La niña, en verdad, era muy delgada pero de huesos largos, a pesar de tener una nariz puntiaguda no era narizona y esto visto desde perfil dejaba ver un rostro con facciones sosegadas. Llevaba un vestido azul y cotizas blancas, una de sus rodillas estaba herida y cojeaba un poco.

—Buenas, Raúl, que niña bonita, ¿cómo estás? —dijo dirigiéndose a la niña—. ¿Quién es? y fue a saludar mi abuelo a su amigo y a la niña dejándome atrás.

— ¿No se acuerda de mi nieta Paula, la hija de Horacio? —Contestó Don Raúl.

—Buenos días, don Ismael —respondió la niña.

— ¡Cómo está de grande!, bien bonita y educada; en cambio mi nieto que parece un jarita —comentó mi abuelo, mientras reía con la niña; luego mi abuelo se perdería en una conversación con Don Raúl.

En ese momento me espabilé y fui a saludar. Cuando habló, me di cuenta que ya mal me había caído, tenía una vocecilla delatora que no guardaría un secreto ante nadie.

—Qué tal don Raúl, qué tal niña —dije algo hosco cuando me dirigí a la niña.

Ella se dio cuenta de mi actitud y me respondió:

—Hola, estoy muy bien. Me llamo Paula, ¿y tú?

Tal amabilidad no la esperaba, pero gracias a la perspicacia de mi abuelo, este me sacó del trance y golpeó mi hombro suavemente para que contestara como por inercia.

—Me llamo Abel y tengo seis años.

—Yo también tengo seis años, chócalas. — Le choqué la mano a Paula y en ese momento mi abuelo terminó la conversación con don Raúl despidiéndose.

—Estamos hablando, Raúl, hasta luego Paula, que estés bien, vamos mijo.

—Adiós, Paula, adiós, don Raúl. — Así me despedí, este último hizo una venia, pero Paula me contestó:

—Chao Abel, mucho gusto en conocerte.

Continúe con mi abuelo y volví mi mirada para ver a Paula y ella esperaba a mis ojos con su sonrisa, desvié mi mirada a ningún lado y seguí mi camino. Caminamos con mi abuelo en silencio y luego de un buen rato de verme tan pensativo me preguntó:

—Bonita la nieta de Raúl, ¿no?, ¿cómo es que se llama?, ¿Petronila?

A lo que contesté de inmediato:

— ¡Paula! Mi abuelo comenzó a reírse y dijo:

—Pero ya se le sabe bien el nombre, bonita la chinita, ¿le gustó? Yo enrojecí y le dije.

— ¡China toda flaca y narizona, qué me va a gustar!

Durante el camino hasta la finca que duraba tres horas a paso precipitado, mi abuelo me guiaba entre las lejanías que veía, acercándome a ellas con cada uno de sus detalles. Era como si aquellos lugares vinieran hacia él para poder ser narrados y escuchados por mí, mientras dedicaban su florida naturaleza ante mis ojos. Iba un poco distraído mirando las montañas y escuchando al abuelo y una culebra pasó al frente de mí, asustándome, mi abuelo me agarró y me dijo:

— ¡Mírala! En verdad poco pude verla, pero se arrastraba esquivando el suelo que le molesta en su piel, como si su recorrido fuese un rencor casi divino.

—Las serpientes antes tenían patas, sino que Dios se las quito por ser animales del diablo; más allá en esas montañas queda una cascada lo más de bonita, si algo nos echamos una bañadita antes de seguir —dijo mi abuelo.

—Abuelo, una pregunta. — Mi abuelo se colocó en guardia.

— ¿Por qué no nos vinimos anoche? menos sol y no sé, en la noche es todo más calmado.

—No, Abel, en la noche los animales nos comen vivos, terminamos hasta envenenados; a esas horas de la noche los animales y los espíritus andan en los caminos.

— ¿O sea, las brujas de semana santa se vienen pa'ca en las noches? —pregunté.

—Sí. Por eso siempre que salga de viaje échese la bendición.— Terminando de decir esto, me persigné.

—Mijo, ¿en serio usted se iría con su papá? —dijo mi abuelo, dudando al hacerme la pregunta.

— ¿Y él dónde está? —pregunté en medio de mi inocencia, mi abuelo no era muy delicado y respondió firmemente.

—Bueno, se llama Alejandro, si es que todavía vive. Ni crucé palabra con él, porque Magdalena no fue capaz de presentármelo. Cuando supe que Magdalena estaba esperando, me fui a buscarlo a la gallera, su papá no salía de allá y ese día me fui a matarlo, y escapó pero como decía papá «Las palabras como las balas no llegan a los cobardes», que iba a ponerme a darle bala a un bobo que no era capaz de decirme « ¡Yo quiero a su hija!». — Ofuscado por el montón de información que me dio mi abuelo contesté:

— ¡Usted a todo el mundo quiere darle bala! — Mi abuelo ni se inmutó y preguntó:

— ¿Ha vuelto su papá a buscarlo?

Lloré de inmediato, a pesar de no entender por completo mi origen, comprendía que era por así decirlo, un error. Mi madre me evadía, su respuesta era que mi padre me abandonó cuando supo de mi existencia, mis lágrimas humedecieron mis mejillas durante treinta minutos. Mi abuelo mientras tanto no dejaba de sobarse la oreja y la nuca, presintiendo que me había estropeado la vida; de pronto encontró un mango en el suelo, con sus manos removió las hormigas que tenía encima y me lo dio, me gustaba el mango y dejé de llorar para comer, además el sol y el llanto habían dejado mi boca seca.

—Bueno, mijo, ya sabe la verdad, pero recuerde que en la casa todos lo queremos, usted es mi primer nieto.

Al terminar de decir esto, no hablamos más con mi abuelo, fue una caminata silenciosa, excepto cuando me tiró a la cascada, pues el agua fría me asustó en primer momento, me di cuenta que en

ese lugar mi abuelo rejuvenecía, y hasta jugó conmigo. Esa fue la única vez que me dijo algo similar a un «lo quiero», y después de terminar de bañarnos en la cascada le dije a mi abuelo:

—No, no me iría con papá. — Cuando dije esto, sentí una ligereza en mis pensamientos, como si mi mente estuviese tranquila; mi abuelo sonrió y respondió:

—Eso está bien, que corrija las palabras ociosas…

Pasamos por un lugar llamado «El Volador». Ese lugar estaba custodiado por la muerte, y todos estaban en peligro de irse con ella, desde los que no querían vivir, hasta los que esperaban una vida larga; allí había un silencio denso que solo era interrumpido por los chasquidos de las rocas que se levantaban a mi izquierda, crujientes y desmoronadas, como si advirtieran un alud implacable. También, los chulos rodeaban el lugar por centenares —sabiendo de antemano que la comida en aquel lugar nunca les faltaría—, entonces, sus aleteos avisaban cortando el aire entre la muerte y lo señalaban hasta el infierno. En ese lugar siempre había un caballo solitario sin dueño, esperando el regreso de su amo.

A la derecha en cambio, campos verdes y el río dibujaban lo perfecto de la vida creciendo en la naturaleza, mientras pequeñas fincas tan apartadas unas de las otras se posaban entre esta vital contemplación haciéndola grata; abajo se veía el peor de los abismos, rocas que se despedazaban en la caída, donde había rastros de vidas agonizantes y donde los chulos debían volar sosegadamente para en un lugar muy profundo poder aterrizar, era escalofriante pero llamativo.

Yo miré el abismo y quedé absorto, cuando lancé una roca a este y escuché sus chasquidos deshaciéndose… mi abuelo interrumpió:

—Abel, venga pa'ca, usted se va a terminar es cayendo a «El Volador»— Rápidamente nos fuimos.

Llegamos pronto a la finca, pero antes del cruce que nos llevaba directamente hacia allí, había una señora esperando el bus que se dirigía hacia el pueblo; con ella había una perrita con tres cachorros que se alimentaban ávidamente de leche materna. Uno de ellos me llamó la atención, era de patas grandes, orejas caídas y de color castaño, pero no ese castaño espléndido sino un castaño sucio casi opaco.

—Ole, Don Ismael, ¿cómo va?, hace rato que no lo veía po' aquí, ¿y la señora? —preguntó esta señora que llevaba un vestido de flores enterizo y unas cotizas. Esperaba pacientemente y en ocasiones consentía a los perritos.

— ¡Luz!, bien por acá mirando el negocio y visitando la finca, Lucila que día me la preguntó, ¿cuándo va a la casa?

—Pos pa'llá voy, aprovecho y visito a Lucila, ¿ese es el hijo de María? —preguntó doña Luz señalándome a mí—; ya está grande y bonito. —Continuó ella mientras yo mimaba a los perritos.

—Mire, Don Ismael, que Cachucha tuvo cuatro crías, ya regalé uno, mire cómo son de bonitos, ¿no necesita un perro? Mi abuelo contestó:

— ¡No!, a mí me gustan son los caballos.

—Ole, sí, ¿qué hizo la bestia? —preguntó doña Luz, refiriéndose al caballo de mi abuelo.

—Ta ahí, en la finca.

— ¿Quiere un perro? —dijo mi abuelo.

Doña luz se sorprendió, no esperaba esto. Yo escogí a ese perro sucio y me fui muy contento para la finca. Mi abuelo se despidió y yo también con mi perro entre mis brazos; «Cachucha» lo miraba con tristeza al igual que sus hermanos.

— ¿Qué nombre le va a poner al perro? —preguntó mi abuelo.

—Caín.

—Ese nombre es maldito, chino —respondió mi abuelo, saliéndose entre los chiros.

—A mí me gusta —concreté yo.

—Si es terco, mi chinito, pero yo al perro le diré «Cainchoso» ja, ja, ja, ja.

Y la risa de mi abuelo me dejó en silencio y además dilucidó la llegada a la finca. Allí había aproximadamente cuarenta empleados. En ese lugar se encontraba mi tío, Abraham, quien se encargaba del proceso de convertir el dulce de caña en panela. La finca no era tan grande pero casi toda estaba rodeada de plantaciones de caña, y estas crecían hacia el cielo; en el centro de la finca había una cabaña donde se encontraba el trapiche. A lo lejos escuché un « ¡Ap aaap aaap aaap! », y luego un alarido que contestaba «ap jajajajajay», esto me produjo una sensación de bienestar y mi tío me dijo:

—Eso es el grito de Rocería. Eso lo hacen los trabajadores para ubicarse y también cuando están bien borrachos y alegres.

En ese lugar nos esperaba Enriqueta, la empleada de mi abuelo en la finca, al igual que Rita, ella había trabajado con mi abuelo desde siempre. Nos sirvió una combinación de jugo de limón con agua de panela fría, que a ambos nos restituyó del camino andado y soleado; su sabor refrescó nuestros cuerpos y nuestros ánimos y también el apetito. Enriqueta me preguntó:

— ¿Y ese canchoso?

— ¡Le pegó al nombre Enriqueta! —dijo mi abuelo burlándose mientras se desatoraba.

—Es mi perro y se llama «Caín». Ella de inmediato se persignó, como si hubiese yo blasfemado.

— ¡Cómo le va a poner ese nombre al perrito!, ¡Virgen Santísima! —protestó Enriqueta con los gestos más exagerados. Mi abuelo se calmó y le dijo:

—Enriqueta, dele comida y agua al perro.

De inmediato Enriqueta obedeció y le trajo algo de sopa que sobraba de la noche anterior y un poco de agua, alimentos que «Caín» disfrutó enormemente. Estuve jugando con el perro, tirándole piedras para que las recogiera. Caín era muy solícito con las piedras. Hubo un momento en que me rasguño con uno de sus pequeños dientes, tratando de arrebatarme la piedra y mi abuelo dijo «No le enseñe a Caín las piedras o si no hasta lo mata», esa fue la única vez que mi abuelo dijo bien el nombre del perro.

A eso de las once de la mañana, mientras comía un envuelto de maíz que compartía con mi perro, alguien llegó a la puerta a preguntar por mi abuelo, cuando le dijeron quién era, mi abuelo perplejo escuchó el nombre, luego se acercó a mí y me dijo:

—Si estuviera aquí Lucila. Mijo, allá en la puerta está su papá

Era un hombre delgado y de cejas pobladas. Estaba sentado en la sala algo inquieto, cuando me vio llegar con mi abuelo no supo cómo actuar, quiso abrazarme pero la presencia de mi abuelo le intimidó.

— ¿Qué tal, don Ismael? —dijo por fin.

—Enriqueta, tráigale una limonada al señor —ordenó mi abuelo mientras miraba a Enriqueta que desde la cocina estaba atenta de lo que pasaba en la sala.

— ¿No tendrá guarapo? —sugirió mi padre rápidamente

—Sí. Enriqueta tráigale guarapo —dijo mi abuelo mirando a mi padre de manera despectiva.

— ¿Este es mi hijo, no? —dijo mi padre haciendo esta profunda deducción

Esta observación me dejó estupefacto, aunque la verdad estaba muy impresionado apenas vi a ese señor sentí familiaridad, gozo de tener un padre, una familia normal; sin embargo, él era un extraño.

—Sí —dijo mi abuelo.

En ese momento llegó el guarapo servido en una totuma y dos limonadas. Mi padre se tomó el guarapo de un solo sorbo, mi abuelo y yo esperábamos ansiosamente sus intenciones, pero él necesitaba impulsarse con guarapo. Hasta en los hogares más comunes había una pequeña botija de este líquido extraído de la caña y fermentado posteriormente, que en cantidades alarmantes podía ser una bebida embriagante, sin embargo, en cantidades discretas era refrescante y ayudaba a los empleados a sosegar su cansancio en las labores más pesadas, las del campo. Mi padre después de proferir un satisfactorio « ¡Ah, ta’ juerte!», nos dijo:

—Me voy a llevar a Abel.

No sé realmente cómo mi abuelo no sacó la peinilla para sacarlo a planazos de la finca; se controló muy bien y dijo:

—Pregúntele al niño.

Yo no esperaba eso, recuerdo que yo veía a ese señor por primera vez diciendo que era mi padre y queriéndome llevar. De pronto, mi padre viéndome tan callado y tal vez pálido me dijo:

—Mijo, allá en La Ciudad hay parques pa´ llevarlo, hay colegios mejores y hartos juguetes— En ese momento me ofreció un carrito al cual le prendían las luces oprimiendo un botón rojo, pero no lo recibí, me gustó el carro por supuesto, pero ese obsequio envolvía tan malas intenciones que no lo quise aceptar.

«No quiero irme con usted» dije abrazando a mi abuelo. En ese momento mi padre exaltado subió la voz y me dijo:

—Usted es mi hijo y debe… —mi abuelo aclaró la garganta ruidosamente—. Mira Abel, ir a La Ciudad es lo mejor para tu futuro, ¿Don Ismael, no tiene otro guarapito que me traiga?

Mi abuelo pegó el grito:

— ¡Enriqueta, otro guarapo! —Al instante Enriqueta trajo el guarapo, mientras mi padre expresaba un gesto de descontento.

—Mijo, vámonos pa’ La Ciudad y… —retomó mi padre.

—Yo no me voy con desconocidos —contesté de nuevo, interrumpiendo su petición.

—Acabe el guarapo y váyase —le ordenó mi abuelo a mi padre.

—Don Ismael, él es mi hijo —dijo mi padre levantándose; mi abuelo se dirigió a mí, diciéndome.

—Vaya a jugar con el perro. — Me fui aliviado sin despedirme, pero mientras caminaba alcancé a escuchar:

—Pa' ese chino, usted no es nadie —dijo mi abuelo.

Miré hacia atrás y mi padre recogía su sombrero dejando el guarapo que pidió intacto, tal vez lo que le dijo mi abuelo lo cortó peor que la peinilla.

II

Un vértigo insensibiliza mi cuerpo. Mis ojos confundidos no pueden de ninguna manera enfocar algún objetivo, entre la pérdida del asombro, el vértigo se sosiega, dando paso a dolores que me desestabilizan fijándome que estoy fuera de control. Mi columna vertebral se quiebra secamente contra las rocas, mis costillas en la parte derecha, además de quebradas, hostigan y perforan órganos como el hígado y un pulmón. Mis extremidades superiores e inferiores, despedazadas por la velocidad del choque, poca resistencia hacen, y ni hablar del valioso cráneo que hasta la poderosa frente cedió como el cristal; la zona occipital de este había dejado un hoyuelo de una moneda de cien pesos a causa de una frágil saliente, mi dentadura perdida y un ojo inservible, sin embargo, por la piedad de Dios un recuerdo desaparece mi cuerpo.

—Esta casa está un ocho, venga mamita ayude a arreglar a Abelito —dijo mi abuela a mi mamá.

—No, usted sabe mamá que yo no quiero que haga eso, si ni fui al bautizo —contestó mi madre.

— ¡Eso no le ruegue más!, y déjelo así que está bien —dijo mi abuelo mientras se arreglaba un poco el vestido, en el que ya no entraba la protuberante barriga, luego mirando a la cocina gritó:

— ¡Rita, camine!

—Ya voy, le estoy dejando comida al perro.

—Agh, la plata —dijo mi abuelo y subió al segundo piso.

Mi abuelo subió rápido y si se escuchaban detenidamente los pasos cuando se subía al segundo piso. Había una armonía torpe, pues uno de los escalones era dispar, era como redondo, por ello casi siempre se omitía o se pisaba con precaución, esta vez la torpeza se acompañaba de un « ¡Ay, jueputa!» de mi abuelo.

— ¡¿Qué paso?! —gritó mi abuela.

—Casi me doy un porrazo —contestó mi abuelo desde arriba.

—Un día de estos alguien se va a matar ahí, toca arreglar eso —dijo mi madre.

Al rato mi abuelo bajo diciendo:

—Hijueputa escalón casi me pela, bueno nos vamos, ¿Magdalena, se va a ir así?

—Yo no voy —contesto fríamente mi madre— yo no creo en las religiones, creo en la fe y en que tenemos un espí…— y antes de que terminara, mi abuelo le interrumpió:

—Eso, mejor ni vaya.

— ¿Papá, está bien? —preguntó mi madre, que aún veía un poco pálido a mi abuelo.

—Sí —respondió secamente mi abuelo.

—Toca arreglar ese escalón, porque qué peligro —sugirió mi madre.

—Arréglelo usted, ya que se va a quedar en la casa, haga algo —manifestó mi abuelo.

—Uy no, ahorita debo salir —dijo mi madre muy pensativa.

— ¡Ahí si no es una mujer moderna! —dijo el abuelo sonriendo sarcásticamente.

— ¡Agh papá!, una cosa es la igualdad, otra el trabajo, como usted vive en el pasado —dijo mi mamá, sin saber qué responder.

—Calladita se defiende mejor —respondió mi abuelo y con esto terminó la discusión.

— ¡No se vayan a poner a pelear, nos vamos! —exclamó con potente voz mi abuela y todos obedecimos, ni siquiera me despedí de mi madre.

Recuerdo que por esos años, en mi persona se generó un sentimiento adverso hacia mi madre, una especie de decepción y desdén. Fue cuando en la casa escuché a mi abuelo discutiendo con mi madre, porque había desaparecido durante tres días, esos días estuve muy enfermo, bajé de peso rápidamente y debido a las altas fiebres convulsioné.

— ¡¿Cómo es que le pongo María Magdalena a usted y me sale mala madre y puta?! —dijo mi abuelo, porque mi madre ni se había enterado que andaba enfermo hace tres días.

— ¡Yo no soy ninguna puta! Estaba haciendo otras cosas, ¿Cómo esta Abel? —preguntó por fin mi madre que tenía unas ojeras enormes y parecía estar atrapada en la silla, mientras mi abuelo aún de pie se tomaba la nuca frotándose los cabellos tratando de disminuir la ira.

— ¡Qué va!, la semana pasada la vi con el empleado nuevo de la finca, después con un turista en las ferias, ayer con otro… — dijo bajando el volumen y respirando lentamente; mi abuela le apretaba el brazo en señal de que me despertarían—. Mire, Magdalena, no sea hijueputa con su hijo.

— ¿Es que por que tengo un hijo yo debo dejar de vivir?

—No, pero su hijo estaba muriendo —manifestó mi abuelo mostrando la espalda a mi madre.

Ya llegando a la iglesia para mi primera comunión, mi pareja fue Paula. En ese momento ya éramos amigos. Nos prepararon en parejas, era un día detestablemente soleado, todos los hombres vestíamos de color oscuro, pero para las niñas fue peor. Paula tenía un traje blanco, no con mucho adorno en la falda porque podía moverse bien, otras niñas en cambio, usaban unas faldas de aparente gran peso y estorbosas, que no las dejaban caminar bien y dificultaba el paso de su compañero, luego dije a Paula:

—Su falda no tiene tanta vaina, mire allá a Lucía, parece un tamal caminando

—Ja, ja, ja, ja, ja —río sin quitar su sonrisa y su mirada de mí y se arregló el cabello.

No pudimos disimular mucho y volvían entonces las carcajadas estrepitosas, tanto así, que nos fueron a regañar los catequistas, luego nos separaron para ubicarnos en los asientos, en un lado se hacían los niños y en el otro las niñas. Después entraron los padres y familiares empujándose, buscando el mejor lugar para contemplar el ritual sagrado de la primera comunión.

¡Qué calor! Esto no terminaba y yo quería salir ya, quitarme el traje y destapar mis regalos de primera comunión, solo por esa razón era soportable. Llegó entonces el momento cumbre, el de la fotografía, el que quedaría en la memoria familiar, reduciéndose a un pequeño portarretrato que

estaría en la sala como parte tangente de la memoria del hogar. Justo cuando recibiera la hostia, algo me decía el Padre mientras me la ofrecía, creo hablaba del «Cuerpo de Cristo» y algo de «La Alianza». Ya después de terminaba la misa, salimos a dar paso a fotos, felicitaciones inexplicables y, yo con afán de quitarme el traje; en efecto, eso hice cuando llegué a casa y salí inmediatamente hacia donde Paula.

Ella ya con un vestido más cómodo me decía:

—Aceptamos a Dios en la eucaristía. Yo sentí como una limpieza en mi espíritu y en mi alma. — Anonadado por esta reacción, le contesté:

— ¡Uy, sí!, ¡cosa bonita lo que siente uno!, ¿No?

—Sí, ya Dios está con nosotros —dijo ella con una mirada que se apropiaba del cielo y una sonrisa que lo iluminaba; sentí un poco de envidia al darme cuenta de mi incapacidad de lograr tal pureza, pero contesté:

—Amén.

Luego nos fuimos a jugar. Estos fueron los últimos días que yo pude hablar y jugar con Paula. En ese tiempo, su padre había conseguido un trabajo en la ciudad y había decidido llevársela para darle una mejor educación. Su presencia se me había vuelto indispensable. Por esos días, también nacieron mis pequeños primos, hijos de mi tío Abraham: Sara y José. Me acuerdo que el día de su nacimiento, once de diciembre, mi tío sacó su revólver y dio de a balazos al aire, mi abuelo lo regañó y le dijo:

—Un día de estos, usted por ponerse de loco va a matar a alguien.

La última noche que estuve con Paula la pasamos en el patio de mi casa, mientras jugábamos con «Caín» a tirarle piedras, que muy obediente traía. Fue un juego que a pesar de los años nunca le aburrió y de hecho lo mantenía en forma. Paula entre eso me decía:

—Abel, yo ni quiero irme, esa ciudad toda fría, donde uno ni puede salir y peor, allá no tengo amigos. — Sus lágrimas empezaban a fluir por sus mejillas y al verla tan afligida la abracé y le pregunté:

— ¿Cuándo es que se va? — Ella detuvo sus sollozos para contestarme:

—Mañana, a las cinco de la mañana.

No estoy seguro de lo que pasó en ese momento, pero cuando miré de nuevo a Paula, me di cuenta lo atractiva que era, sus manos delicadas, su piel de una suavidad que tranquilizaba en las caricias, y sus ojos en este momento siendo cauce de sus lágrimas, parecían humedecer sus pequeñas dunas impávidas, que eran sus mejillas. Yo la miré de frente y cuando me decidí a derrumbar el silencio, ella me besó.

No sé cuánto duró pero fue un momento espontáneo que el tiempo no pudo atajar. Cerré mis ojos y el precio fue contemplar en mi interior el diálogo de su alma con la mía; no solo eso sino, también mi necesidad de ella. Separamos los labios en sincronía y abrimos lentamente los ojos, aunque ya nos mirábamos distinto, no éramos desconocidos, y una sonrisa mutua verificó aquello, parpadeamos para despertarnos del ensueño y me dijo:

—Adiós, Abel.

—Adiós, Paula —respondí abrazándola.

III

El dolor parece haberse ocultado. Aparentemente los recuerdos más significativos de mi vida han sido su analgésico; sin embargo, he sentido que tales recuerdos han tenido un lenguaje sofisticado y muy sutil al describirse, siento que alguien me lo ha prestado para poder recordarlos. La muerte redacta con su pluma mi agonía y viene a mi mente uno de los recuerdos en los que necesito de ella, su elegancia:

Mi abuelo estaba en el ataúd. Mi madre fue a verle con los ojos llenos de lágrimas, su tristeza también llevaba culpa, tal vez la culpa que todos sentimos en ese momento en que un ser querido se va para nunca más volver y juzgándonos duramente creemos que encontraremos un alivio. Mi madre decía mientras veía fijamente el rostro de mi abuelo en el ataúd:

—Yo no creía en sus agüeros, y usted papá, va y se me desnuca en la escalera—, un sollozo largo y silencioso procuró más lágrimas y luego quedamente enmarañado entre suspiros se escuchó —¡Gracias por criar a Abel!

Pasé a ver a mi abuelo en su ataúd, después de escuchar a mi madre, a mi abuela y a Rita y de sentir aquella tristeza circundante en el sagrado templo. Yo, a mis quince años no tenía palabras para despedirme de mi abuelo, cuando lo vi con su rostro tranquilo en aquel ataúd, me costó trabajo reconocerlo. Dejé de mirarlo y viendo hacia los vitrales de la iglesia, todos los rostros santos tenían un gesto de desdén ni Jesús ni la Virgen parecían ser capaces de sentir compasión. Mis lágrimas brotaban y mis pensamientos entre una confusión sembrada, crecían y se deshacían entre buenos recuerdos y la certeza de un futuro incierto. Admiraba a mi abuelo y quería seguir aprendiendo de él… ¡Por Dios!, como muere tan fácil una persona, qué maldito instante en el que el toque sutil de

la muerte te sofoca, y en este momento sofocó la vida de mi abuelo. Me dirigí hacia mi abuela que estaba con Rita, se acompañaban en su dolor, pero recuerdo que mis primos estaban desolados, era ese tipo de tristeza que en los niños se ve como rasgo pasmoso, que casi asusta. Ellos amaban al abuelo, de hecho mi abuelo desde que nacieron se había hecho cargo de ellos, dejando la finca a mi tío Abraham; con tres años a los mellizos fue nula la explicación, pues con solo decir que el abuelo no volvería, todo y nada estaba explicado, mejor dicho, la ausencia sería concreta y la presencia abstracta, ellos, los niños fueron los que menos aceptaron su muerte preguntando por el abuelo durante más tiempo. Miré al techo y dije:

— ¡No puede ser!

Mi madre me abrazó, nos consolamos el uno al otro y creo que fue el primer abrazo que ella me dio. Una figura conocida vestida de negro muy triste lloraba también, se persignaba suavemente, como si le costara trabajo creer lo que sucedía. La persignación se la hacía en un tiempo sosegado; se quedó mirándome, se acercó lentamente y me envolvió entre sus brazos, un olor fresco esparció mi ambiente de pesadumbre y dije:

—Gracias, Paula.

IV

En una saliente, parece haberse detenido mi cuerpo, con mi único ojo funcionando veo acercarse a un chulo. Aterriza cerca de mí y con ojos efusivos me observa. No estoy listo aún y otro recuerdo retumba en la agonía.

Como una sentencia de la que se huye, salí corriendo hacia «El Volador» con Caín. Había permanecido en total silencio durante la caminata de la iglesia hasta el cementerio. Acompañé a Paula y a su familia en su dolor, sin embargo, no fui capaz de darle el sentido pésame a Paula, un recuerdo me remordía la conciencia; era el siguiente.

Una tarde hablaba con Paula. Yo tenía dieciocho años, ella ya tenía su primer hijo con un tipo llamado John, que había muerto hace poco en un accidente automovilístico. Paula apenas quedó embarazada, más a o menos a los diez y siete años, volvió al pueblo para criar mejor a su hijo. Entonces le propuse en esos tiempos lo siguiente:

—Paula, yo la amo, miremos a ver qué pasa, probemos— mientras tanto ella disfrutaba ver a su hijo en el parque. Con casi dos años, ya intentaba socializar y comenzaba a despegarse de la protección materna.

—John murió hace un año, es demasiado rápido, ¿la gente que pensará?; además, me quiero dedicar solo a mi hijo. Paula me dijo esto con la mayor calma, como si la resignación le proporcionara tranquilidad.

— ¿O sea, si no fuera por el chino, estaríamos juntos? —dije sin pensar.

—No diga eso —contestó horrorizada.

V

Recordando esto, fui a «El Volador» a buscar a mi tío, pues él al disparar unas cuantas balas al cielo, sesgó la vida del hijo de Paula. Eran días de fiesta y él actuaba así normalmente en esos días, esta vez hubo un accidente y por ende sería posible que intentara suicidarse, debía alcanzarlo. Fui testigo de cómo mi tío disparaba al aire con ese arrebato que solo él tenía al hacerlo. Al rato, un niño ahogó sus suspiros para subir con ellos a lo inalcanzable, y un grito materno se elevó a los cielos. Era la primera vez que no me sentía bien de camino hacia «El Volador». Era un lugar que me gustaba para ir a meditar, pero tenía un mal presentimiento; al llegar al final del pueblo pensé en ir por un caballo, así llegaría más rápido, lo pensé tarde y mientras corría hacia allá conmigo el fiel Caín y en veinte minutos llegamos allí vi a «Palomo», el nuevo caballo de mi tío, amarrado y pensé « ¡Uy jueputa ya se botó!», pero me tranquilicé cuando lo vi en una piedra recostado y me dijo:

—Yo no puedo suicidarme mijo, eso es pecado. — Tenía un vacío en los ojos, como si nada le quedara.

—Tío, también es culpa mía le dije a Paula que si no fuera por su hijo sería mi mujer y como dice mi abuela…

—Yo sé qué dice mi mamá. En fin, me devuelvo al pueblo a entregarme —dijo esto dirigiéndose al caballo, lo desamarró y cuando se montó manifestó lo siguiente:

—No es culpa suya la muerte del chino, eso no crea tanto en lo que dice mi mamá. Ahí le dejo a «Palomo».

Luego se fue mi tío y sentí una desolación profunda, cuando le vi alejarse parecía que estuviera en mis sueños, inalcanzable. Me recosté en la piedra donde normalmente lo hacía, pues unas ramas enormes la cubrían, haciendo una sombra fresca que permitía mirar al cielo por horas mientras el tiempo pasaba. Los chulos esta vez en vez de estar volando de aquí para allá, estaban como esperando, inquietantes observaban el lugar, sonreí al saber que mi tío no sería su próxima comida.

Me levanté y fui a mirar el abismo, algo que me ayudaba a pensar para tomar mejor mis decisiones. Tomé una piedra y la arrojé hacia arriba para que cayera de nuevo en mi mano, y luego la arrojé al abismo con fuerza; Caín se dio cuenta y salió ferozmente hacia la piedra pero yo estaba en medio y me empujó hacia el abismo y me apropié de él; entretanto, este me deshacía como una piedra. Ahora un caballo y un perro esperaran a su amo.

Y Tan Poquito Pa' Llegar.

«Refúgiate de la burlona señal

Omnipresente y difícil de ubicar

O deja el orgullo a lo celestial

Mira arriba, tal vez en un árbol,

Podrás satisfacer tu curiosidad

Y con esta risa una imagen hereje verás.

No pidas piedad en medio del helaje

Y controla tus temores

Tu alma en un suspiro no abandones

Hambrienta de esta hay una presencia siniestra.

Pasaste el umbral de tu hogar,

Y con aquella carcajada desapareciendo,

Parece tú alma salvada,

Pero la mente angustiada no se deja sosegar»

Bajando los escalones del pequeño pueblo para dirigirse a su casa un sábado santo un campesino llamado Néstor. Estaba a punto de vivir un acontecimiento que marcaría su existencia de por vida. Un sonido omnipresente que envolvía aquel pueblo y sus alrededores le dejó estupefacto. No podía atribuir aquello que escuchaba a una onomatopeya de ningún animal conocido, era algo sobrehumano; seguramente, lo que escuchaba era la carcajada de una bruja.

En aquel pueblo se sabía que los días sacros, como los de Semana Santa, las brujas castigaban a aquellas personas que no cumplían con el deber religioso, también a quienes no eran bautizados; es decir, a los que se exiliaban de Dios y a los que él no había tenido la merced de proteger oficialmente.

Aquella «carcajada» no se escuchaba como una carcajada común ni mucho menos, además que parecía provenir de todos los alrededores en un ruido unísono que se contraía a un solo lugar, era indescriptible, como el sonido del agua cayendo en un río que desbordado a causa de numerosas lloviznas, evoca destrucción e inspira angustia. ¿Por qué decir que es una carcajada, si cuando la escuchamos quisiera nuestra alma huir? Debe ser, querido lector, porque una risa, sonrisa, carcajada o risotada también puede provenir de las intenciones más perversas. ¿Esto quiere decir que las brujas son personajes perversos? Tal vez, ahora volvamos a nuestro personaje.

Néstor se reacomodó el sombrero y recordó todos sus pecados y las ocasiones en las cuales había evadido el compromiso de la iglesia, por lo tanto, su mente se embotó con todas las oraciones aprendidas en sus veintitrés años de vida católica.

—Cuerpo de Cristo, yo sé que ni fui a la iglesia en Semana Santa y me puse fue a jartar, pero no me vaya a mandar dar la pela de las brujas— aun así, no paraba la mística banda sonora que

envolvía esa noche al pueblo; Néstor se dio la bendición unas tres veces mientras oraba el «Ángel de la guarda» con la fe que nunca le había puesto. Hoy le prendo un velón a la Virgen pero Dios, sáqueme de esta.

Sin embargo, esta vez Dios parecía solo observar la escena, pues no hubo en el momento ninguna ayuda providencial que sacara de aquel acontecimiento al asustado Néstor. La carcajada ahora, parecía provenir de sus adentros también, así era el impacto que había producido en él, lo había abrumado por completo. Sus recuerdos íntimos más temidos hicieron de él una víctima del más agobiante terror, a pesar de que era una noche en que se respiraba una brisa renovadora. Por un instante, mirando el umbral de su hogar sus esperanzas parecieron despertarse pero solo fue un instante; Néstor se sabía pecador y murmuró resignado «Y tan poquito pa' llegar».

Por fin se detuvo aquel sonido siniestro y se presentó ante Néstor una dama esbelta de delicadas facciones; piel blanca, un atuendo de colores medianamente vivos y a la vez sobrios, pero lo que más llamaba la atención de esta dama eran sus ojos, exactamente su forma de contemplar, era de aquellas miradas que parecen escudriñar lo más profundo del espíritu para trastocar el alma. No había duda, era una bruja.

—Hola, Néstor —dijo la dama con voz suave pero contundente.

Néstor impresionado tardó en reaccionar.

—San-ta Ma-rí-a Madre de Dios, yo no la conozco —tartamudeó e hizo la clásica señal de la cruz para espantar espíritus malignos con los dedos. Iba a salir corriendo pero estaba paralizado.

Ella sonrió y le dijo con delicada elegancia mientras se sentaba casi al frente de su casa.

—Por hoy, llámame «amor mío».

Néstor perdió el conocimiento. A la mañana siguiente, los moretones y golpes en su cuerpo, rostro y brazos eran evidentes, despertó a las seis de la mañana, siendo la burla de los que lo creían borracho, y que en tal estado la torpeza le había castigado. También fue excluido y juzgado por aquellos creyentes señalándolo como el reflejo del castigo de los hombres pecadores.

Néstor no saca de su mente esa carcajada, pero no es eso lo peor, de alguna manera la bruja consiguió que en cada ocasión que pronuncie «amor mío», aquellas llagas ya cicatrizadas sin rastro alguno en su piel vuelvan a palpitar de manera calcinante, propinando así un dolor considerable, como si fuese privado de pronunciar esta frase. Pero, curiosamente, las llagas solo se enrojecían si la confesión no era sincera. La bruja le obsequió el don de la veracidad para consigo mismo.

Un Reposo en el Festejo

«Dios trabaja de una manera tan simple para complicarnos».

Después de una noche y madrugada envuelto entre la embriaguez propia de una fiesta de pueblo, su corazón en sus sueños aún retumbaba al ritmo de aquellas canciones que no paró de bailar o cantar; sin embargo, su gallo había afinado con sus congéneres vecinos una melodía que le recordaba que era hora de ponerse en paz consigo mismo, con su alma y con Dios; debía ir a misa. Eran las cinco de la mañana, se espabiló con un tinto mañanero, fue a ducharse y el agua fría acalló a su alegre corazón, despertando a su arrepentida alma. Se arregló con su mejor sombrero, camisa y pantalón. Las campanas sonaron tres veces, debía apurarse.

Este hombre, Ricardo, salió de casa y observó que aún con el cansancio, el sentido del deber de sus vecinos era obstinado. Aunque también creía que las personas normalmente iban a misa a dormir después una fiesta de esa magnitud, y que así podían expiar su alma mientras escuchaban las palabras de Dios dormidos.

«Con esa jeta de trasnocho, ya les creí que van a escuchar toda la misa» se dijo a sí mismo, mientras miraba a unos conocidos tambaleándose en dirección a la casa de Dios y, en su mirada con más parpados que ojos.

Entró a la iglesia y las palabras pronunciadas por el padre con voz cansina, le hicieron pensar que el padre no merecía tal trabajo y decía para sus adentros: «No es que ayude mucho un padre todo

viejo ―mientras el padre se sentaba en los cómodos asientos― que solo sabe echar indirectas y leyendo la biblia, ahí como si estuviera dictando».

En ese momento, el padre comenzó a modo de reclamo a describir aquella noche pasada, deliberando a fulanos y zutanos, desconocidos en los nombres pero no en la mirada del cura; la culpa de las borracheras, peleas e irresponsabilidad con la persona misma y con Dios. « ¡No le digo!», pensó Ricardo, irónicamente.

Un padre se puede dar estas libertades, es el representante de Dios en la Tierra; además, para los creyentes es el pilar de su fe, de hecho, es este quien la dirige y a veces quien la germina. Ricardo se la pasó entre recuerdos y meditaciones de la noche anterior en el hogar de Dios. Se arrodilló para orar y Dios debió escucharlo. Así oraba Ricardo:

― En las peleas de gallos perdí hasta… perdón. Bailé con la novia de mi primo y me le pegué una…― Ricardo detuvo sus oraciones, pues en la casa de Dios no se pueden decir ni pensar vulgaridades. ―Perdón, me embriagué hasta que ni jum, perdón… pero Dios, me la paso trabajando como bestia, cargando camiones a pleno sol y, ¿no puede uno disfrutar de las ferias?

En ese momento, el Padre habló de los diez mandamientos, realzando el décimo mandamiento «No desearás a la mujer del prójimo». Ricardo palideció pero siguió orando. «Dios, usted es testigo de que en mi casa no falta pa' comer, respondo por mi familia ―oraba ya, un poco ofuscado― He visto a otros que dejan los chinos botados, le pegan a la mujer, tienen como tres mozas y, ni siquiera vienen a misa, miró a su alrededor y siguió orando, «por ejemplo, allá esta Víctor, ese por lo menos ayer no estaba con la mujer y hoy la mujer aparece con un morado en la cara y, no le da ni pena venir a misa con la mujer así; allá están Liliana y Neidy, las chismosas del pueblo, que ni se sabe si vienen a rezar o a rajar de todo el mundo».

El padre dijo en aquel momento «Haz el bien sin mirar a quien». Ricardo se molestó, recogió el sombrero y se fue a casa, la última palabra que escuchó del padre fue «Así como Sodoma y Gomorra…». Cuando salió de la iglesia, observó a su alrededor rostros trasnochados aún en el festejo, sin embargo, era notable que su cansancio les arrebataba la vida, aparentemente seguían celebrando pero se evidenciaba que el exceso los carcomía. Ricardo quería ir a casa, descansar un poco y, no salir; su conversación con Dios lo dejó con el alma más pesada, aunque cumplió el deber de ir a misa. Dios no hizo el favor de aligerar la carga de sus pecados.

Llegó a su casa se recostó y cuando estaba a punto de dormirse, escuchó a su hija cantar:

— ¡Eso si cuando te enteres, que traigo billete veeeeeerdeee! «Los ángeles no se escuchan como uno cree», pensó Ricardo mientras miraba al techo. «Toca descansar pa' por la noche ir a la fiesta…».

Un Domingo y un Domingo Hace unos Años

«La vida sigue su flujo apurado ante un tiempo incontenible, pero los recuerdos que detienen nuestro devenir nos permiten contemplar las anécdotas felices que nos susurran al oído como y cuando estuvimos vivos. Para mis amigos y amigas de La Peña, que más allá de eso son una «hermandad». Gracias sin ustedes esto no hubiese sido posible».

I

La abuela, sentada en una butaca en el umbral de su casa, miraba a su hijo Rafael, con sus dos amigos, Jorge y Francisco, sentados al frente entorno a un petaco de cerveza. A las diez de la mañana ya estaban bebiendo, estas cervezas eran oportunas para estos días cálidos. La abuela repasaba el aspecto de su hijo y sus amigos; a pesar de verlos con cuarenta años, hombres hechos y derechos con familia, les recordaba andrajosos y más animados, los veía aún como niños. De pronto, cada uno de los hijos de nuestros tres personajes llegó a presentarse: A Jorge le llegó su hija, esbelta de catorce años, que sostenía un celular con la mano derecha y con la izquierda hacia sombra a su cara para que no la molestara el sol; el hijo de Francisco, algo langaruto pero fuerte, guardaba su celular en su bermuda y finalmente, el hijo de Rafael, de espalda ancha y brazos robustos, fue quien levantó más la voz para hacer la siguiente petición:

— ¿Nos dejan ir a Los Robles?

Los tres hombres se miraron, miraron a sus tres respectivos hijos y casi al unísono dijeron, ¡No!

—Ay papá, es que ando aburrida, yo quiero conocer —replicó Alejandra, hija de Jorge, a lo que este respondió:

—No, si quiere le doy plata y se va pa´ la piscina, pero pa´ Los Robles, no.

—Eso va y le pasa algo y quién se aguanta a su mamá, vaya y dígale a su mamá —dijo Francisco a su hijo, mientras este se rascaba la parte de la nuca ansiosamente.

—Ya le dije y me dijo «pregúntele a su papá» —dijo Miguel, hijo de Francisco, mientras en su voz había un tinte de resignación.

—Pues ya le dije que no —contestó secamente Francisco.

—Nosotros nos cuidamos, usted sabe papá que yo soy serio —pronunció Rodrigo, pero Rafael lo interrumpió mientras se ponía de pie y le abrazaba.

—Yo confió en usted, pero no en el peligro, —le dio un billete de veinte mil—, vaya y se da una vuelta y se distrae.

Los tres jóvenes se marcharon juntos hacia la piscina del pueblo.

La abuela recordó una escena similar de hace casi cuatro décadas, los protagonistas eran los padres de ahora, y las réplicas sonaban casi idénticas, ella quiso participar a favor de su nieto Rodrigo y de sus amigos.

—Déjelos ir po' allá, que se despeguen de ese celular que los está volviendo brutos. — Su reclamo fue tan genuino, que Rafael se volvió hacia ella obedientemente a contestarle.

—Mamá, usted sabe cómo es eso de peligroso. — Doña Blanca, Madre de Rafael, se dirigió a la cocina, no sin antes dejarles una mirada que evocaba un pecado de hace años.

—Yo iré a preparar el almuerzo, pero pa' qué traen a los chinos si no pa' encerrarlos, pa' esa gracia que se queden en La Ciudad —dijo la abuela..

En la cocina, Doña Blanca, picaba la cebolla, el tomate y el ajo, llamando a su hija para hacer el almuerzo. Se fijó en la cruz de laurel colgada en la pared de la cocina; esta bendecía el hogar para que la comida no hiciera falta, los años parecían ocultar su sagrado propósito y la cruz se veía decaída con unas hojas cafés, que representaban su cansancio y su abandono entre cenizas y polvo. Un «hay que cambiarla, toca hacer otra», se escuchaba en ocasiones pero era una mentira fugaz.

Doña Blanca se quedó mirando fijamente la cruz de laurel, se sintió menos pesada y la cruz rejuvenecía, recuperaba su color verde y sus hojas estables formaban una cruz imponente que protegía con vehemencia una de las peores desgracias: el hambre. « ¿Qué pasó?», pensó Doña Blanca sorprendida, pero calmadamente se dijo a sí misma, « ¡Ah!, estoy recordando».

II

— ¿Mamá, me deja ir a Los Robles? —preguntó Rafael un poco dudoso, tal vez porque sospechaba la respuesta. —Mire que ya arregle el gallinero —agregó.

— ¡Eso allá es muy peligroso! No, no, no, eso mejor quédese acá en la casa —respondió su madre. Rafael al verla tan empecinada, evocó en su cara un lastimero gesto; entonces, doña Blanca sentenció —No, qué tal se ahogue o se meta su porrazo, se me queda acá.

—Es que no tengo nada qué hacer y ando más aburrido —contesto Rafael, pensando que tal frase le iba a ayudar, sin embargo, doña Blanca sabía muy bien como contestar a eso.

—Si no tiene nada qué hacer, acá en la cocina hay harto oficio, ¿ya arregló su cuarto? — A esta pregunta Rafael hizo una señal negativa y se dirigió resignado hacía a su cuarto. Doña Blanca observó que Rafael, ya con quince años, tenía rastros de bigote arriba de sus labios, más alto que ella y seguramente más fuerte, caminaba no con el peso de la resignación, si no con la ligereza de la audacia; la sospecha de desobediencia llegó implacable a su mente, y casi a modo de premoción añadió — ¡Cuidado y se me va sin permiso!

Rafael iracundo por aquella negativa, que además venía con advertencia incluida, se fue pisando fuerte para desquitarse con el suelo, por la sala hasta las escaleras que lo llevaban a su cuarto. Sin embargo, un grito contundente le arrebató la ira.

— ¡Contéstele a su mamá! —Dijo don Rodrigo, su padre.

—Sí, señora —tartamudeo un poco Rafael—voy a arreglar la pieza.

—Blanca, haga gallina —ordenó don Rodrigo a su esposa.

—Eso estoy haciendo, ya la despescuecé —dijo doña Blanca dirigiendo su cabeza hacia las escaleras, para que su voz fuera escuchada por su hija pues la necesitaba solícitamente—. ¡Nelsy, venga y me despluma la gallina! Rafico como que se quiere escapar —añadió mirando a Rodrigo.

— ¿Que Rafico quiere escaparse?, donde ese chino se me escape, lo muelo a palazos —dijo esto a un volumen el cual su hijo pudiese escuchar, y que la advertencia «implícita» fuese más efectiva. ¡¿Nelsy, no escuchó a su mamá?! ¡Baje o la bajo!, ¡Rafael, venga para acá!

Al instante Nelsy llegó a la cocina y Rafael se hizo presente ante su padre. Don Rodrigo se calmó al ver el miedo en su hijo, pensó que la advertencia con el grito había causado lo que quería, esto era que cualquier idea de fuga desapareciera. Luego de sonreírle y cogerlo del hombro le preguntó:

— ¿Gallina común o cajuna? —dijo esto sentándose en la silla principal de la mesa.

—Cajuna —respondió con alegría Rafael.

— ¿Blanca, mató a la cajuna? —preguntó don Rodrigo mirando hacia la cocina.

—Ya maté una común, yo que iba a saber… —contestó doña Blanca algo atareada en la cocina.

—Bueno, deje así, Rafico está como el dicho «Tras de cotudo, con paperas» ja, ja, ja —rió don Rodrigo intentando animar a su hijo.

— ¿Papá, qué horas son? —preguntó Rafael algo ansioso.

Don Rodrigo miró su reloj y le dijo que las diez, escuchando la hora doña Blanca se percató de que algo le faltaba.

—Rodrigo, dele plata a Rafael pa' que me traiga una libra de papa… a ver qué más, una de yuca y dos maduros, y mire a ver si consigue unas hojitas de plátano pa' envolver el almuerzo.

Don Rodrigo le dio el dinero a Rafael y este salió con afán. Nadie se percató de aquella solicitud de Rafael haciendo un mandado. Eran las once y cuarto. Transcurrieron setenta y cinco minutos desde que Rafael salió a hacer el mandado y en la casa se gestó un ambiente violento, pues don Rodrigo lo venía pregonando.

— ¿Blanca, dónde anda Rafael? dos horas comprando el mercado que queda a tres cuadras.

—Yo creo que Rafael se fue pa' Los Robles —contestó doña Blanca, casi haciendo una afirmación.

— ¡¿Usted le dio permiso?! —preguntó fuertemente a su esposa don Rodrigo.

— ¿No se dio cuenta que yo le dije que no?, ese se escapó —contestó doña Blanca entre intimidada y ofendida.

— ¡Nelsy, vaya búsqueme a Rafael donde Teresa o donde Gerardo! —ordenó iracundo don Rodrigo al darse cuenta que su advertencia «implícita» no había surtido ningún efecto.

—Papá, ando ocupada acá con…—respondió Nelsy.

— ¡Qué vaya y busque a ese chino marica!

Y cuando Nelsy se fue rápidamente a buscar a su hermano, encontró en la puerta de su casa a doña Teresa, se asomó don Rodrigo y al verla tan preocupada comprendió que Rafael se había ido a Los Robles.

II

— ¡José, José!, ¿ya desayunó? —preguntó doña Teresa llamando a su hijo.

—Sí, mamá. Ma', ¿será que puedo ir a darme una vuelta? —dijo Jorge, alistándose.

— ¿Y eso adónde tan temprano? —preguntó doña Teresa entrando en la sala y abrazando a su hijo.

—A Los Robles con…— Cuando pronunció Los Robles, fue interrumpido el cariño de doña Teresa, y Jorge sintió algo hostil en el momento en que soltó el abrazo su madre.

—No, ¿no se acuerda que po' allá murió la hermana de María?

—Pero Mamá, eso fue en el rio y a esa china le dio un calambre y como todos estaban borrachos que la iban a ayudar, además yo ya sé nadar bien. —La sensatez de Jorge sorprendió a su madre, pero ella no iba a rendirse, la negativa era ya ineludible.

—Nadará muy bien, pero allá no se me va, ¿oyó? —dijo doña Teresa sin alegar más.

—Je —pronunció Jorge.

— ¡¿Que si oyó?! —preguntó doña Teresa para reafirmar su orden.

—Sí, señora— contestó Jorge con resignación.

—Ya vengo, Jorge, voy a hacer mercado acá donde Liliana, camine me acompaña.

—No, mamá, voy a hacer oficio —respondió Jorge algo nervioso.— ¿Y eso, qué le dio? —preguntó capciosamente doña Teresa, que conocía a su hijo y sabía de antemano que colaborar en la casa no era una de sus cualidades.

—La va a ayudar uno y tampoco —contestó con fingido mal genio Jorge.

—Bueno, ya vengo.

—Papá —llamó Francisco a su padre, Gerardo, en un momento en que el supermercado estaba solo.

— ¿Ah? —contestó don Gerardo mientras contaba dinero.

—Es que me voy a ir a Los Robles por ahí a las diez, ¿me deja ir? —preguntó Francisco buscando un lazo.

— ¿Con quién va a ir? —preguntó don Gerardo.

—Con Rafa y Jorge, el hijo de Teresa —respondió ya encontrando el lazo y enrollándolo en el hombro.

—Pacho, aliste el lazo, y llegue antes del almuerzo, cuidado, acuérdese de Nacho que se cortó allá con una laja. — Don Gerardo se dio cuenta de que hablaba solo y al no encontrar a su hijo sonrió y dijo — ¡Chino marica se fue!

III

Después de percibir, Jorge, Francisco y Rafael el gesto de doña Blanca hacia los tres, una anécdota se apoderó de ellos, se miraron, brindaron y bebieron; rieron mucho y el sonido producido por sus risas los embriagó en un visible recuerdo…

Ese domingo se encontraron a la salida del pueblo, por la trocha que llevaba hacia Los Robles. Francisco fue el primero en llegar, llevaba un lazo y estaba recostado hacia la sombra de un peñasco; Jorge y Rafael llegaron casi al mismo tiempo, miraban atrás como si les persiguieran y con cautela se reunieron con Francisco.

—Llegaron tarde y juntos, ¡Jayyyy! —saludó burlonamente Francisco.

—No joda, marica, que me tocó escaparme —dijo Rafael.

—A mí también —comentó Jorge.

—Yo como que no voy, porque mi papá me va a dar una pela —dijo Rafael con un tono algo arrepentido de un pecado que hasta ahora no había cometido.

— ¡Puro bobo!, ya se escapó, ya camine —le reprochó Francisco.

—Vamos rápido, más bien, ¿por ahí cuánto nos demoramos? —preguntó Jorge a Francisco.

—Eso en una hora llegamos, llegamos antes del almuerzo —contestó Francisco tomando la iniciativa al caminar.

—Pacho, pero a mí me han dicho que son como tres horas —refunfuñó Rafael.

— ¡Como va a creer! ¿Ya le dio miedo, Rafa? —dijo burlonamente Pacho.

— ¡Qué va, eso más bien vamos rápido! —sentenció Rafael.

Hacia el lado izquierdo del camino, podía divisarse un monte inagotable que entre frondosas plantaciones de caña y plátano conducían hacia el rio. Era el mejor balcón para contemplar la cobija fértil de la cual nos sostenemos; también, el cielo que pronosticaba un buen día con un sol que en vez de sofocar, suspiraba por el capricho de sus nubes blancas y a lo lejos pequeñas fincas con vacas pastando con una calma contagiosa. A la derecha, montañas un poco cuarteadas con rastros de derrumbes debido a las lluvias de los meses pasados, y en su camino huellas de caballos y su boñiga. Pero en este lugar tal hedor era hasta agradable. A lo lejos Jorge, veía concentrado una bandada de chulos que giraban en torno a un lugar conocido.

—Ole, ¿allá que hay que siempre se ven chulos? —preguntó Jorge.

— ¿Qué va a ser?, pues El Volador y como allá se tira todo el mundo pa' matarse, los chulitos tienen ahí la comida asegurada —contesto Rafael.

—Pero ese sitio es como del diablo; miren bien que es muy oscuro —señaló Francisco.

Los tres se persignaron y siguieron su camino. Era mediodía y estaban cerca a Los Robles. Debían desviar un poco. Tal camino quedaba entre las fincas de una vereda.

—Francisco, gracias porque mañana no voy a la escuela —comentó Rafael de pronto.

— ¿Cómo así? —preguntó Francisco.

— ¡Con esa pela que me va a dar papá!, según el sol ya es como mediodía —dijo Rafael con una sonrisa resignada.— ¡Cómo va a creer!, eso son por ahí las once —dijo Francisco apretando los labios y agregó— Ole Jorge, tírese un pedo pa' conocerle la voz por lo menos. Rafael y Francisco exhalaron las preocupaciones mientras se desternillaban de la risa.

— ¡Bobos hijueputas!, así no le crea al sol pero yo ya tengo como hambre y el buche mío tiene las horas fijas —pronunció Jorge que desde hace rato permanecía en silencio y agregó— ¡Miren esa belleza!

Un árbol lleno de mandarinas se puso ante su vista. Parecía llamarlos para que comieran de sus suculentos frutos, solo había algo que obstaculizaba su camino, alambres de púas; sin embargo, el alambre se despistó por un momento y aquellos jóvenes estuvieron de pronto encaramados en el árbol bajando los frutos, usando una camiseta como bolsa, exactamente la camiseta de Francisco, para llevar mandarinas e ir comiendo por el camino. Desde la finca donde se ubicaba aquel árbol, se escuchaba la radio.

Los Robles era un lugar donde, aunque no lo crean no habían robles. Es todavía un enigma el origen de su nombre. Es un sitio en donde se hallan cinco cascadas que oscilan entre los cuatro y siete metros de altura. Lo interesante de este lugar es la adrenalina que sugiere a sus visitantes,

pues sin ningún rastro de seguridad en este lugar que desde arriba se oculta por los altos árboles, el agua con profundidades indómitas, saltos peligrosos y caídas angustiantes les aguardan.

El primero en saltar fue Francisco. Cuando aterrizó, recogió sus piernas y cayó casi de cuclillas, reacomodó el lazo y gritó a sus amigos.

—Caigan así o si no se joden.

Rafael y Jorge saltaron en ese orden, sin ninguna dificultad; apenas Jorge aterrizó, Francisco dijo:

—Ya no podemos regresar —miró a sus dos amigos y se sintió satisfecho al no ver ningún rastro de temor en sus rostros, era más bien de coraje, un coraje que les hizo olvidar su condición de fugitivos. Se quitaron sus camisetas y apretaron sus cotizas para andar en el agua, que les llegaba al pecho.

Cuando llegaron a la segunda cascada, esta tenía una gran dificultad; había que pasar caminando a ras de una roca resbaladiza, un error les haría caer entre piedras que destrozarían sus huesos con el impacto. El primero en pasar fue Francisco.

—Véanme, maricas y pisen donde yo piso. Cuando terminó de hablar la distracción le costó cara y se resbaló; sin embargo, el flujo del agua ayudó a llevarlo casi a salvo al lugar en el que debía aterrizar.

— ¡Pacho! —gritaron Rafael y Jorge al unísono.

—Todo bien, salten con cuidado —respondió Francisco.

Rafael fue cuidadoso y saltó satisfactoriamente, luego Jorge; aunque este último fue demasiado precavido y demoró muchísimo en saltar.

— ¡Hasta qué horas, malparido! —gritó Francisco. En ese momento saltó Jorge y lo salpicó.

—Es que a mí no me gusta caer a los totazos —respondió Jorge.

Las risas resonaron con el eco de este lugar envuelto en la naturaleza.

—Deje ver que le paso —preguntó Rafael a Francisco.

Francisco tenía un hematoma considerable a la altura de la costilla izquierda.

—Eso no es nada. —Sin embargo, en su paso dentro del agua en ocasiones hacia muecas de dolor.

—Se supone que Pacho era el que sabía y casi se muere en la segunda —comentó Jorge.

Las risas seguían y parecían alimentar los arcoíris que se hacían y deshacían en el camino de estos tres muchachos, donde el sol con paulatina soberbia alumbraba su camino, entre remolinos acuáticos. Con precaución nuestros tres personajes se ayudaron con el lazo en los momentos en los que el agua quería sorprenderlos. Cuando llegaron a la tercera cascada, los rostros de Jorge y Rafael se anonadaron, aunque Francisco les había advertido que la tercera era la del salto más cuidadoso y una de las más altas no fue suficiente información para describirla. Levantándose como a cinco metros de altura, parecía dividir este lugar en dos. Si miraba al frente, un follaje casi místico se dejaba llevar entre los vientos sosegados ante el ritmo del agua fluyendo; y cuando miraba abajo, veía una calma tensa que le recibiría en forma líquida, tanto así que hasta Francisco dudo en saltar. Saltó y cayó también en cuclillas. Luego saltó Rafael, pero abrió mucho las piernas al caer, aún de pie caminó un poco más y se quedó sentado un rato mientras saltaba Jorge, que siendo tan precavido saltó satisfactoriamente.

—Oiga, ¿qué le dio? —preguntó Rafael mientras le ponía la mano en el hombro.

— ¡Me capé! —respondió Rafael con voz aciaga.

— Bájeselas que las tiene aquí —rió Francisco y agregó mientras se tomaba la manzana de Adán con su mano derecha.

A Rafael no le quedó otra opción que reírse. La cuarta cascada, era por decirlo así la más confiable. No era tan alta y además era lo suficientemente profunda para prevenir cualquier accidente como el de Rafael.

—Ya se me bajaron las güevitas, ya están en su lugar —comentó Rafael.

Y la risa seguía siendo el resultado de la diversión de su escape.

La ultima cascada era la más alta y desafiante de este lugar. Era el objetivo principal de haber ido a Los Robles. Nuestros personajes miraron esos siete metros hacia el agua. Estaban felices. Querían saltar y cuando lo hicieron, cada uno de ellos se deshizo en un momento de la existencia, para que la adrenalina acaparara su espíritu durante toda su vida. Ese salto los hizo volar y cuando aterrizaron en el agua se sintieron como hábiles peces que obedeciendo al agua siguen su cauce y como fieles seguidores se sentían agradecidos, miraron la última cascada y aún no creían que hubiesen saltado; se prometieron volver. Después, salieron del lugar que daba a una finca en donde se escuchaba un radio y allí se encontraron con un señor que a falta de un ojo le sobraba hospitalidad. —Buenas tardes —dijo el señor con un ojo cerrado.

—Buenas tardes —contestaron los tres.

— ¿Quieren guarapo? —dijo el señor; y los tres asintieron. El señor se dirigió a una botija —esto era una vasija de arcilla en donde guardaban el guarapo para que se fermentar— que tenía, sirvió tres totumas llenas y las ofreció a los jóvenes. Los tres jóvenes tomaron ávidamente.

—Yo me llamo Tulio, en esta casa vivo con mi mujer si no que se fue al pueblo con mis dos hijas— ¿Usted no es el hijo de Gerardo? —agregó mirando a Francisco.

—Sí, señor, él es el hijo de doña Teresa y él el hijo de don Rodrigo —respondió Francisco señalando a Jorge y a Rafael respectivamente.

—Con razón, yo si decía que los había visto en algún lado. ¿Sus papás cómo están? —preguntó don Tulio.

Todos contestaron que bien. Sin embargo, don Tulio notó en sus respuestas un tipo de evasivas y decidió entonces preguntar:

— ¿Y sus papás si les dieron permiso para venir acá a Los Robles?

Tal vez fue el guarapo que ante la falta de comida embriagaba a los jóvenes rápidamente.

—No, pero igual no nos pasó nada —respondió Jorge. Rafael y Francisco lo miraron de modo hostil al recién hablador Jorge, este se dio cuenta y se agobió un poco.

—Igual están bien y ya se van pa' la casa, ¿quieren más guarapo? —preguntó don Tulio. Los jóvenes asintieron de nuevo.

Después de aproximadamente tres totumas de guarapo, los muchachos ya hablaban tranquilamente con el hombre que les narró su vida.

—Mi papá y mi mamá a mí no me dieron estudio. Yo aprendí a leer por radio —señaló esta que en ese momento transmitía la canción «El negrito del batey» de la Sonora Matancera—, mi papá se fue con la moza cuando yo tenía 14 años, nos dejó a mi mamá y a mis dos hermanos esta finca;

pero en ese tiempo la finca era solo lote. Con mi mamá sacamos adelante esto. Ella se encargó de la casa y de mis hermanos, yo trabajé para construir el rancho y para que mis hermanos estudiaran.

— ¿Ustedes qué van a hacer cuando terminen la escuela?

—Yo quiero quedarme con el supermercado —respondió Francisco.

—Yo me quedo en el pueblo en el almacén de papá —dijo Rafael.

—Yo sí quiero ser abogado —respondió Jorge. Sus amigos comenzaron a burlarse.

La gentileza de don Tulio cambió y les dijo:

— ¡No se burlen!, él si no sigue pegado a las naguas de sus papás. Muchachos, estudien para ser lo que quieran no lo que sus papás digan o como a mí me pasó, me tocó trabajar como burro y así me quedé. —La radio anunció la hora «son las tres y treinta de la tarde».

Los muchachos apuraron los sorbos de guarapo, y se disculparon con Jorge, después se despidieron de don Tulio, agradeciéndole su hospitalidad y consejos.

Siguieron caminando, tambaleándose un poco debido a que no tenían mucha experiencia en embriagarse, de hecho para los tres era su primera borrachera; además, solo habían comido unas cuantas frutas y el desayuno matutino. Una mujer estaba mirándolos desde una finca aledaña y como los vio agotados soltó la siguiente petición:

—Muchachos, ¿quieren guarapo? — Los tres jóvenes siguieron la voz, desviaron el camino, saludaron y entraron a la pequeña finca que tenía un árbol de pomarrosas en el centro del patio. Unas gallinas iban de aquí para allá rodeándolo. Cuando

— ¿Puedo bajar unas pomarrosas? —preguntó Jorge a la señora que se había presentado como Mercedes cuando observó el árbol de pomarrosas.

—Sí, claro —contestó doña Mercedes.

Jorge se fue entusiasmado a bajar las pomarrosas con Francisco. Rafael se sentó en una butaca. En ese momento llegó una niña de nueve años que saludó con algo de desconfianza. Francisco recogió algunas pomarrosas y fue a ofrecer a Rafael, a la niña y Doña Mercedes, esta última se negó, en cambio Jorge abarcó más de las que podía y cuando fue a reunirse donde Rafael y Francisco dio un torpe pasó que lo llevo al suelo.

— ¡Ay, juemadre, las Pomarrosas! —exclamó la pequeña, luego se acercó con una expresión de preocupación a recoger las pomarrosas.

Todos comenzaron a reírse, hasta Jorge se reía mientras se levantaba y limpiaba, para luego tomar menos pomarrosas y comer con sus amigos. Doña Mercedes se dio cuenta que los muchachos estaban algo pálidos y le dijo a la niña.

—Sírvale un bocadito a los muchachos, Laura.

Fue un plato hasta sus anchas de arroz, con tres papas, una porción de yuca y una generosa presa de gallina. Aquel «bocadito», reanimó las energías pérdidas durante la aventura en Los Robles, hasta Jorge pareció aliviarse de aquel duro golpe que se había dado, y mientras comían doña Mercedes les contaba:

—Toca que estudien juiciosos, muchachos, miren yo era pa' ya estar pensionada, pero es que desde pequeña a mí me enseñaron fue a trabajar, a moler allá en la finca, yo ni siquiera tengo el bachillerato; sé leer y escribir porque toca, ¡qué tal si no! —Doña Mercedes interrumpió al ver que

Rafael se atoraba y agregó—, si quieren más guarapo sírvanse de ahí señalando la botija llena de aquella bebida.

Rafael dejó de comer por un momento para servirse una totuma de guarapo, después de lanzar un cuncho hacia el patio y comenzó a servirse.

—Pero, ¿cuánto vale? —dijo Francisco.

— ¿Cuánto vale qué, malparido? —prosiguió Jorge mientras reía Francisco.

—Sí joden, pere ya les sirvo —contestó Rafael resignado.

Esta frase «cuánto vale», es un sarcasmo que tiene la intención de comunicar a modo de reclamo la falta de amabilidad y solicitud.

Los jóvenes terminaron de comer y siguieron tomando entusiasmados el guarapo. Doña Mercedes muy atenta les ofreció una botella plástica de guarapo para que llevaran a sus casas, además de una bolsa llena de pomarrosas y mandarinas que había sacado de la cocina. Los jóvenes se despidieron.

—Gracias por la comida —dijo Jorge.

—Y por el guarapo —agregó Rafael.

— ¡Jayyyyyy! —exclamó Francisco.

Los muchachos ya estaban algo embriagados otra vez, y en su descuido solo se llevaron el guarapo, dejando las frutas donde doña Mercedes, Laura fue quien se dio cuenta a los veinte minutos de que los muchachos tomaran camino y le dijo a su mamá:

— ¡Mamá!, esos chinos dejaron las pomarrosas y las mandarinas.

—Ni modo decirle que vaya y los alcance, pues si se acuerdan vendrán —dijo doña Mercedes. Laura se sintió aliviada-.

—Eso si no se les quedó el guarapo —observó Laura.

—Ja, ja, ja, ja, sí, eso iban en un perrón. ¡Ay!, Ojalá no se pierdan esos chinos, vamos a entrar las gallinas que ya se hace noche, camine Laura.

—Ah —lamentó la niña.

Caminaron lentamente los tres jóvenes hacia el desvío, mientras acababan la botella de guarapo y cuando llegaron al cruce de camino hacia el pueblo, un carro los estaba esperando.

IV

Eran las cuatro de la tarde y en la casa de don Rodrigo se respiraba violencia, doña Teresa lloraba preocupada por su hijo.

—Mi Jorge sin almorzar y ya tan tarde pronunció entre sollozos.

—Yo a Rafael le tengo caldo de coscorrones —vociferó don Rodrigo. Doña Blanca desde la cocina se preocupaba por su hijo, pues no sabía si era mejor que volviera o que se quedara allá, conocía a su marido y él era inexorable a la desobediencia, en ese momento llego don Gerardo.

— ¿Francisco no está por acá? —preguntó de manera relajada, parecía no percibir el ambiente hostil.

—No, ese se escapó con Rafael y Jorge a Los Robles— contestó Rodrigo Blanca, un tinto —ordenó.

—Pues a mí sí me dijo que iba con ellos, yo le di permiso pero se me hace raro que no haya llegado ya —respondió tranquilo don Gerardo.

Don Rodrigo pareció arrepentirse de haberle ofrecido tinto a don Gerardo, pues indirectamente era parte culpable de que su hijo le desobedeciera, pero reflexionó y comenzó a dar culpas a todos los integrantes de la casa. Doña Teresa se retiró con don Gerardo que terminó casi quemándose con el tinto que le habían ofrecido. A las afueras de la casa de don Rodrigo estaban don Gerardo y doña Teresa:

—No se preocupe, eso no demoran.

—Don Gerardo, espero que sí —dijo doña Teresa entrando a su casa que quedaba justo al frente de la casa de don Rodrigo.

V

El carro era de don Gerardo. Era un «Willys» espacioso, donde transportaba el mercado. Cuando don Gerardo vio a los tres muchachos con la botella vacía, que evidentemente traía guarapo, solo se le ocurrió decir:

— ¿No me dejaron? —Los muchachos que al comienzo se asustaron, luego se relajaron con la pregunta y subieron al carro totalmente ebrios.

Durante el trayecto hasta la casa, nuestros tres personajes hablaban de su reciente aventura, y como que el guarapo les hizo olvidar lo que les esperaba en el pueblo. Se dijeron entre abrazos que su amistad traspasaría los tiempos y que estudiarían para no seguir el camino de sus padres. De pronto el cansancio les venció y los tres se durmieron, a pesar de la trocha que hacia la trayectoria del carro un poco desnivelada no se despertaron hasta llegar al pueblo.

Un carro pitó al frente de la casa de don Rodrigo, pero la reacción primera vino del frente y doña Teresa vio a su hijo salir del carro de don Gerardo, se abalanzó sobre su hijo y le preguntó:

— ¿Si está bien Jorge?, no se me vuelva a ir sin permiso, ¿usted a qué huele?, ¡a guarapo!, venga pa' la casa. Jorge medio se tambaleó y se despidió de sus amigos.

En ese momento llegó don Rodrigo. Rafael salía del carro y sorpresivamente él fue el primero en hablar.

—Papá, yo sé que me fui sin permiso pero aquí le traje pomarrosas y naranjas —dijo haciéndolo de manera enredada. En ese momento Francisco le acordó que las habían dejado en la casa de la señora Mercedes, a lo que Rafael agregó— ¡Uy, esas pomarrosas están más perdidas que el ojo de Tulio!

Don Rodrigo se transformó y comenzó a reírse airadamente. El ambiente se tranquilizó. Don Rodrigo se percató de la embriaguez de su hijo y solo le dijo:

—Eche pa' la casa.

— ¡Rodrigo, venga! —gritó Rafael; Rodrigo junto con Alejandra y Miguel voltearon. Jorge y Francisco hicieron señas a sus hijos para que fueran donde ellos estaban.

—Vayan pa' Los Robles —dijo sorpresivamente Francisco. Los tres jóvenes quedaron perplejos pero felices, a duras penas se despidieron.

—Ojo con el guarapo y las pomarrosas —recomendó Jorge. Francisco y Rafael comenzaron a reírse junto con él. Los tres jóvenes se miraban desconcertados y tomaron rápidamente el camino hacia Los Robles.

De pronto salió al umbral de la casa doña Blanca y le preguntó a Rafael:

— ¿Pa' dónde van los niños?

—Se van a Los Robles, mamá —respondió Rafael.

— ¡Así sí le hago cajuna! —exclamó doña Blanca con una enorme sonrisa.

Embrujo Campesino

I

Bajaba Lucía del bus. En su pueblo el clima le pareció exótico, muy cálido para su gusto y algo incómoda, sentía como los vecinos, conocidos y familiares se regocijaban de su regreso. Se dijo así misma «Aquí también parezco una extraña». Sin darse cuenta profirió su desdén con una actitud casi de arrogancia.

Llegó Lucía a su casa y se sintió feliz de ver que nada había cam biado, todo seguía igual: la sala con el mismo desorden que solían dejar sus hermanas el sábado por la mañana, el mismo pocillo en la mesa que no recogía su padre porque el negocio de billares se abría temprano, sobretodo en temporada navideña, este ubicado en la misma casa. La entrada de la casa daba lugar a un gran pasillo. Al lado izquierdo tenía la pequeña entrada al negocio, al terminar había una sala que al mismo tiempo era comedor; una reja daba paso un solar inmenso donde había gallinas y dos palmeras en sus primeros diez metros; otros árboles acompañaban el pequeño paisaje que nunca estaba quieto, pues sus hojas cuchicheaban entre ellas los rastros de animales como lagartijas y ardillas. Cerca de la sala estaba la cocina. Lucía se dirigió allí y vio la misma vajilla, estaba hasta el plato en el cual solía servir su comida. Descargó la maleta en una de las sillas del comedor y salió al solar. Tomó una mandarina y mientras la pelaba de sus manos emergió un perfume, parte del aroma de aquel pueblo, botó las cascaras a lo lejos, sabiendo solo por instinto y no por una recomendación de sostenibilidad que estas eran biodegradables. Se devolvió por la puerta y entró a saludar a su papá y a ayudarle un poco, pues parecía estar solo y el billar estaba lleno de gente que recién llegaba. También era una buena hora para las ventas.

—Hola, papá. — Don Luis había virado la cabeza para saber quién entraba y se llenó de alegría apenas vio a su hija.

—Hola, mija, ¿y usted qué?, ¿la echaron de la Universidad? —preguntó don Luis un poco exaltado, pero abrazando a su hija.

—No, papá, me aburrí de estar allá sola sin hacer nada.

Esto tranquilizo a don Luis. Instantáneamente, las voces de los clientes comenzaron a aparecer y sus pedidos se hacían cada vez más solícitos. Padre e hija fueron despachando a los diferentes clientes, casi todos preguntaron directamente a Lucía, de ¿Cómo le había ido?, ¿cómo le fue en La Ciudad? Y sin darse cuenta, el gesto de Lucía ante estas preguntas era casi de repudio. Don Luis se dio cuenta y le dijo a su hija «Mija, vaya desayune». El organismo de la muchacha reaccionó y salió rápidamente a la cocina por algo de comer.

Se dio cuenta sorpresivamente que su equipaje había sido recogido. Al ver a su madre y a su abuela esperándola se detuvo un momento. Ellas estaban en el comedor de espalda al pasillo, ambas estaban cosiendo mientras hablaban de los diferentes acontecimientos que sucedían en el pueblo; como la organización de novenas estaba «patas arriba», la celebración del día de las velitas —donde no hubo quemados pero si borrachos—, la navidad y su respectiva cena de medianoche y la reunión para fin de año en la cual debían estar todos sin falta.

— ¡Eso pa'l veinticuatro otra vez pavo!, esa carne toda seca ahí, fuera pisco una lo adoba y lo pone bonito pero ese pavo se compra vaya uno a saber dónde y bien congelado, ¡eso no —dijo doña Sara, madre de Luz.

—Pero si es lo que siempre se hace —contestó Luz, madre de Lucía.

—Mejor hagamos un piquete de gallina, eso es lo que les gusta a todos—, Luz parecía convencerse mientras colocaba un poco de cuidado olfativo a la cocina.

En ese momento Lucía rompió su silencio y dijo:

—Mi abuelita tiene razón, yo quiero piquete.

Al tiempo, madre y abuela se picaron con la aguja, pues la sorpresa sobresalió ante el movimiento mecánico aprendido; sin embargo, aquel callo protector en sus dedos se burlaba de la figura peligrosamente puntiaguda que ya ni hacia cosquillas en las manos de las mujeres que construían genealogías.

Después de los besos y abrazos, Lucía sensata como siempre, le manifestó a su madre y a su abuela que quería desayunar inmediatamente con un « ¡Tengo hambre!». Después de un rato, el desayuno estaba listo y la abuela le sirvió a Lucía: huevos con cebolla y tomate, patacones, chocolate, y arepa.

— ¡Uy!, yo no creo que me pueda comer todo eso —dijo Lucía al ver un desayuno tan generoso.

—Ay, mijita, ¿me va a despreciar? —dijo la abuela mientras Lucía comenzaba a comer.

— ¿Cómo le fue allá en la ciudad?—preguntó Luz mientras soplaba una porción de papa que había tomado con la cuchara.

—Pues bien —contestó Lucía. Ella comía rápidamente. El caldo había sido enfriado por la abuela que traspasando el caldo de un plato a otro le bajaba la temperatura, siempre le hacía eso para que no se quemara al comer, pues sabía que ella siempre comía rápido. En ese momento, Lucía ya con casi medio plato desocupado, tomó el plato hondo y lo dejó en la mesa; el plato que iba debajo de este lo uso para colocar la costilla y partirla con tenedor y cuchillo. La abuela y la madre se miraron

extrañadas. Lucía continuó y después de pasarse un buen pedazo de carne prosiguió— es peligrosa la ciudad pero es bonita, lo malo es esa cogedera de bus que lo deja a una sin plata.

— ¡Hasta el hablado le cambió! —mencionó la abuela desde la cocina.

—No la moleste mamá, eso es por el estudio —dijo Luz, defendiendo a Lucía que había decidido ahora comerse los huevos pericos. Les echó un poco más de sal y cuando los mezcló con el tenedor dándole vuelta y cortándolo en pedazos. La temperatura del alimento bajó notablemente y emanaba el vapor de la cocción inmediata.

Poco a poco y en medio de la conversación mañanera, Lucía desayunó. Llegaron sus hermanas menores y después del saludo familiar preguntaron qué les había traído y Lucia les dijo «Dulces», a lo que Luz adivinando el pensamiento de sus hijas, ordenó:

—Primero el desayuno.

Y un « ¡Ah!» con desgano infantil resonó en la casa.

II

Tres días antes de navidad decidieron hacer un piquete en una finca no muy lejos del pueblo. Un amigo de don Luis les invitó allí. La Finca quedaba aproximadamente a veinte minutos en carro desde el pueblo. La actitud de Lucía últimamente era más bien austera, no salía de la casa ni salía con sus amigas de toda la vida, la excusa era que debía estudiar para que no se le olvidaran los temas que había aprendido. En verdad, Lucia se sentía confundida, se enfrentaba a las burlas de sus coterráneos debido a su nuevo acento y nuevas costumbres, se había vuelto una desconocida en su tierra, y esto le generaba malestar. Durante el viaje a la finca se encontró con viejos amigos

del colegio, Miguel, Juan y Édgar, poco habló con ellos, sin embargo, no dejó de reírse cuando comenzaban a armar algarabía. Llegaron. La finca tenía una casita muy sencilla pero un espacioso solar donde había un lugar propicio para elaborar panela, Lucía se sentó cerca del trapiche y miraba atentamente un panal de abejas que perezosas tomaban el dulce ya extraído de la caña, y se dejaban guiar por aquel aroma que a su instinto embelesa. También, observaba el suelo fijándose en enormes hormigas que entre sus filas desordenadas evidenciaban un ferviente trabajo. De pronto una abeja se dispuso a dar una dolorosa bienvenida a Lucía y ella lanzó un grito.

— ¡¿Qué pasó?! —preguntó don Luis algo preocupado por el alarido que escuchó por parte de su hija.

—Una abeja me quería picar —dijo Lucía algo pálida.

Había en la finca aproximadamente veinte personas y todas rieron al unísono. Lucía enrojeció pero lo tomó de la mejor manera; Édgar se acercó a ella y le ofreció guarapo en una totuma, ella lo aceptó de mala gana.

—Mire no más ese ingrediente especial —dijo Edgar haciendo un gesto travieso.

Flotaba una abeja en la totuma, aún entre los estertores de la vida y la muerte.

—Ay, Edgar, ¡coma es pero mierda! —gruñó Lucía.

— ¡Uy, pero le volvió el hablado!, eso era falta de guarapo —contestó Édgar entre risas.

Lucía sacó la abeja y tomó su guarapo de un modo tranquilo, debía calmarse, de allí en adelante, de algún modo comenzó a adaptarse. Cuando le sirvieron el piquete ocurrió algo que provocaría una mala reacción.

Ahora, describiré el piquete, en este caso de gallina. En primer lugar, se despescueza el ave, usando solo las manos o un palo de escoba mientras se atrae fuertemente por las patas, En segundo lugar, se introduce el animal ya muerto en una olla enorme con agua hirviendo para desgarrarle las plumas con facilidad, esto de desplumar deja las manos con un hedor insoportable que solo se puede contrarrestar frotándose cascaras de algún cítrico en las manos. En tercer lugar, se abre la gallina con un filoso cuchillo para despresarla y extraerle la hiel, veneno del tamaño de una uva pequeña de color verde repudio. Ya en ese momento, la gallina está lista para convertirse en plato suculento. Se coloca en una olla con cilantro, un poco de ajo, cebolla y sal, y de pronto uno que otro ingrediente familiar, y en otro lado se cocinan las papas, la yuca y por supuesto, el arroz. Este piquete tiene la particularidad de servirse en hojas de plátano, que se cierran durante un periodo corto de tiempo para que los sabores hagan el mejor contraste. Así, cuanto recién se abre la hoja de plátano, el aroma particular nos indica que el ajo, la cebolla y el cilantro están inseparables de la presa que se vuelve la tentación del paladar.

Lucía pidió cubiertos para comerse la gallina y fue la burla de los presentes, pues todos comían ávidamente con la mano, con un afán desesperante de abandonarse a ese sabor terrenal. En ese momento se escuchó en algún equipo de sonido la canción «La estrato ocho» y así Lucía fue hostigada por las risas pero estaba feliz, como si aquel plato hubiese sido un despertar, como cuando Eva comió del fruto prohibido. Terminó la comida y Lucia quería irse al pueblo. Su familia estaba bebiendo, sus hermanas jugando, y ella aburrida; a modo de salvavidas sus tres amigos decidieron acompañarla. Se despidieron de todos y casi todos le regalaron un pequeño chascarrillo. Después de caminar quince minutos más allá de la finca llegando a la carretera, Miguel dijo esto:

—Venga, Juan, ¿trajo vitamina?

—Sí, ahí Édgar trae el guarapo —respondió este.

—Ustedes si son una boleta —dijo Lucia.

— ¡Jay!, como si a la niña no le gustara —comentó Édgar riéndose.

En ese momento pasaba un camión que se dirigía al pueblo. Ya que el camino era muy largo, —aproximadamente dos horas caminando— y el sol garantizaba un trayecto detestable, los muchachos hicieron con la mano la señal del pare; mientras el camión llegaba, Lucía casi avergonzada les decía a sus amigos:

— ¡No nos vamos a ir en un camión al pueblo! El camión se detuvo.

—Quédese —dijo envalentonado Miguel.

Una mano surgió por una de las ventanas como diciendo «súbanse». Lucía profería un « ¡Noooo!». Los tres muchachos se subieron con la habilidad de unos primates al interior del camión.

— ¡Ay!, no me dejen sola —dijo Lucía.

En ese momento bajó el ayudante del camión y abrió la puerta trasera, pues comprendía que Lucía no parecía ser una muchacha con la misma habilidad primitiva de trepar como los otros tres. Era indescriptible el escándalo en la parte trasera de aquel camión. Édgar gritaba los apodos de cada uno de los demás, igual, estos respondían con una voz chistosa e irritante para la calma. Alguien que los escuchó a lo lejos contó luego que «Había en ese camión un escándalo como de diecisiete chinos jartos». Entre la algarabía, la felicidad de Lucía sobresalía entre dulces sonrisa y disgustos delicados. Cuando estaban cerca del pueblo, ella sugirió a los muchachos hacer silencio, ninguno de los tres la escuchó.

— ¡Ap, ap, ap! —gritó Juan.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja, jay! —contestó Miguel.

— ¡Lucía, respete! —exclamó Edgar.

Todo el pueblo se dio cuenta de que en un camión gritaban Edgar, Miguel, Juan y, también Lucía, pues en su diminuta voz implorante se alcanzaba a escuchar «No sean boletas», «Chito». Los muchachos se bajaron rápido del camión, a duras penas agradecieron al conductor y al ayudante, y se escabulleron. El camión parqueó en la plaza central y Lucía bajo solo hasta que el ayudante le abrió la puerta, todos la miraban, ella entró corriendo a la casa con un color muy parecido al de las pomarrosas en sus mejillas, pero estaba feliz.

III

Lucía se había apropiado de sí misma. Salía a los alrededores, hablaba con sus vecinos, y de a poco redescubría su acento pueblerino; hasta el hedor de la boñiga de las bestias le parecía agradable. Lucía y sus amigos acordaron armar el año viejo. Buscaron prendas de vestir viejas y hasta la abuela ayudó a coser al muñeco. Se utilizaron aproximadamente cuatro docenas de voladores para llenar el muñeco. Lo que hicieron los muchachos fue desarmar cada uno de los voladores y meter la pólvora dentro del muñeco, se usaban los palos para hacer más firmes sus extremidades. El rostro del año viejo no era muy agradable pero eso no importaba, lo que importaba era que estallara.

El 31 de diciembre es un día que maneja una angustia misteriosa en cualquier parte, tal vez es aquella ansiedad que mueve a las personas de querer dar fin a un ciclo y querer iniciar otro, como

un «Borrón y cuenta nueva»; entonces, las personas se vuelven más reflexivas, mientras unos dicen «Un año más», otros dicen pesarosos «Un año menos».

Llegaron las doce y después de las lágrimas familiares en agradecimiento a Dios por un año nuevo, las familias en el pueblo salieron a dar a todos el « ¡Feliz año!»; al salir a la puerta, Lucía se dio cuenta que muchos amigos, vecinos y niños estaban esperando a que prendieran el año viejo que estaba al frente de la casa. Cuando lo prendió, se escuchó un suspiro colectivo, pues despedían aquellas desgracias del pasado año que desaparecían estrepitosamente entre estallidos desordenados. El olor a pólvora colaboraba con las ganas de celebrar un año más de vida, dejando una especie de niebla con intenciones fulgurantes; disparos y voladores se escuchaban a lo lejos y destrozado el año viejo las personas se dirigían a la cancha a bailar. Lucía bailó hasta no sentir los pies, de a poco el alcohol jugaba un papel analgésico en su cuerpo excitado y su espíritu se sintió en un hogar gigante ese que era su pueblo.

IV

Todos los pueblos, en general, tienen un lugar alto desde donde se puede divisar lo grandioso de su hegemonía. También, suele haber en esos lugares iglesias y diferentes santos de la historia católica, en este caso había una Virgen. El ascenso a este lugar era de aproximadamente veinte minutos. El camino era empedrado y a lo largo de este aparecieron una especie de altares en concreto con un número romano determinado ilustrando el viacrucis; de alguna manera este ascenso tenía algo de sagrado.

La vista era excepcional. Lucía, Edgar, Miguel y Juan fueron el ocho de reyes, lunes festivo a las cinco para ver el atardecer desde allí. El sol brillaba sin ninguna objeción, haciendo dudar posiciones religiosas que no proponen a este astro como principio de la creación.

— ¡Aquí, el sol brilla más! —dijo Lucia. Estaba fascinada observando el cielo azul y unas nubes blancas esponjosas que rápidamente cambiaban en misteriosas formas.

—Ole, mire lo que traje —dijo Juan que era entre otras cosas quien se veía más agotado. Sacó de su maleta una botella con guarapo de tres litros.

Édgar y Miguel comenzaron a sacudir aquella cumbre con gritos de alegría « ¡Ap, ap, ap, ja, ja, ja, jay!», llamando a la noche y a la embriaguez, tal vez, recordando los viejos tiempos cuando el «Grito de rocería» se usaba entre los campesinos para ubicarse y no perderse en el confuso monte. Mientras bebían guarapo y charlaban contemplaron el atardecer, ocultándose el sol por laderas que parecían inhóspitas y que con la luz de este parecían un reflejo al cielo como un paraíso terrenal, enunciando a los ángeles «No necesitamos muerte, pues vivimos mejor que en el Edén»; así se sentían nuestros cuatro personajes.

Poco a poco llegó la noche y una luna se asomaba cautelosa, mientras el sol caía definitivamente. A pesar de que parecía el delicado trazo de un pincel, imponente, buscaba su lugar entre las estrellas. El sol desapareció, eso sí, sin antes dejar las luminosas garras que parecían romper el cielo entre doradas laceraciones. Las nubes, ante una especie de inmaculada presencia se alejaron lo suficiente para dejar ver un cielo estrellado. Las laderas se tornaron oscuras y la perspectiva que dejaba ver la cumbre era como si esta misma fuera la punta de una lengua; las laderas aledañas simulaban fauces que de a poco se alimentaban de las estrellas, de la luna, del universo entero y

del tiempo de una manera interminable ávida e infinita; años, décadas, siglos y milenios nocturnos habían pasado por ellas, al igual que miles de lunas, eclipses, asteroides y estrellas fugaces observadas solo por los afortunados.

El guarapo ya iba por la mitad y seguían hablando alegremente, de pronto Lucía se levantó y observó cuidadosamente que a lo lejos, detrás de una montaña lejana y enorme emanaba algo brillante, parecía como una luminaria irritante que deformaba de manera abrupta la pacifica noche, como si un sol artificial fuera a aparecer inesperadamente, era la luz de La Ciudad que como relámpago hostil llegó a los pensamientos de Lucía para que profiriera desconsoladamente su destino:

— ¡Y mañana, otra vez a la realidad!